

CRISTIANDAD



122

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO VI

15 ABRIL

1949

Al formular el P. Ramière en «Las esperanzas de la Iglesia» las leyes fundamentales de la Providencia, insiste de modo

especial en hacernos considerar a Jesucristo como el centro del Universo creado, Aquel por quien Dios Padre recibe todo honor y gloria y por quien los hombres somos divinizados mediante la incorporación a El por la gracia.

En estas leyes fundamenta la interpretación de la Historia. Jesucristo es el Rey de la misma. En estos días en que la Iglesia celebra los hechos cumbre de toda la Historia humana la Pasión y Resurrección de Cristo, CRISTIANDAD ha querido consagrar el presente número a presentar a sus lectores algunos textos del Doctor Eximio, tan apreciado y seguido por el P. Ramière, referentes a estas cuestiones, entresacados de sus monumentales tratados acerca de la Encarnación y de los Misterios de la vida de Cristo.

EDITORIAL: Rey del tiempo y de la eternidad.

DEL TESORO PERENNE: P. Enrique Ramière, S. J., **El Hombre-Dios, fin del hombre y de todo el Universo** (páginas 170 a 172); P. Francisco Suárez, **Para este Hombre creó todas las cosas** (págs. 175 y 176); **El Verbo Encarnado, fin de todo el Universo** (pág. 177); P. Francisco Suárez, **Otendió un hombre, debía satisfacer el hombre** (pág. 178); **Resucitó para nuestra justificación** (pág. 179); Miguel Costa y Llobera, Presbítero, **«Processó. Impressió de Setmana Santa»** (pág. 180); Declaración del Episcopado Alemán, **La Constitución de un Estado solamente puede cumplir sus fines si se basa en el orden divino** (página 185).

PLURA UT UNUM: El Salmo de la Resurrección, por Isidro Gomá Civit, Pbro. (págs. 182 a 184); **Las fuentes del cristianismo ruso popular (II)**, por Alexis Marcoff (págs. 188 a 190).

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR: ¿Tópico o misterio?, por J. B. (pág. 173); **Fechas memorables en 1949**, por el P. Andrés Arístegui, S. J. (págs. 173 y 174).

A LA LUZ DEL VATICANO: El martirio de China, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 186 y 187).

DE ACTUALIDAD: El Papa señala algunos frutos específicos de la asistencia a la Santa Misa. — La Iglesia tiene el derecho a señalar línea de conducta en las incidencias concretas de la acción política. — «Salute, Satana», por J. O. C. (págs. 191 y 192).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^o Serra Goday y otros.



Paños Marcet, S. A.

*Selectas Novedades
en pañería*

General Mola, 24 TARRASA Teléfono n.º 2219

Ayudad

a la

Prensa Católica

S. A. P. H. L.
TARRASA

S

T. G. S. A.
SABADELL

J. F.

Ripollet

A. de B.
BARCELONA

RESERVADO
F. S. L.
BARCELONA

B. S. A.
BARCELONA

CONFECCIONES - GÉNEROS DE PUNTO

CONFENTIL

J. SABATER TAYÓ

San Ginés, 46 TARRASA Teléfono 1759

NIETO DE VICENTE PLANAS

INDUSTRIA DE PAÑERÍA FINA

M. J. Verdaguer, 4 - SABADELL - Teléfono n.º 1125

CRISTIANDAD

NÚMERO 122-AÑO VI

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22448
BARCELONA

15 de Abril de 1949

Granv. 1, 1.º - Teléf. 226875
MADRID

Rey del tiempo y de la eternidad

Consecuencia de los gravísimos males de las revoluciones modernas fué, según dice Balmes, un bien sumamente precioso para la ciencia: «la afición a los estudios que tienen por objeto el hombre y la sociedad». Añade que esto probablemente no será estéril para el linaje humano.

No lo ha sido ciertamente, de modo admirable se ha cumplido en este caso la ley de la Providencia que formulaba San Agustín: el mal permitido ha sido ocasión de bienes mayores. Porque el choque de la permanente doctrina de la Iglesia con la rebelión de la sociedad contra Cristo, a la vez que el roce y contacto entre las ideas tradicionales acerca de su potestad regia, con la riqueza de conceptos que aportaban las nuevas ciencias sociales explican, por ejemplo, que el P. Enrique Ramière pudiese concebir el cuerpo de doctrina expuesto en su obra «La Soberanía social de Jesucristo».

Doctrina del Reino de Cristo que ha venido a ser la idea «arquitectónica y presidencial» del mensaje que propone la Iglesia al mundo moderno. En ella tiene su principio de unidad todo un cuerpo de doctrina religioso-político-social, que ofrece la solución cristiana, la única solución a los problemas de la sociedad contemporánea. La idea de Cristo Rey, podríamos decir que ha venido así a coronar y sintetizar una Sociología sobrenaturalizada

No obstante una objeción contra la actualidad psicológica de esta idea se levanta incluso en el espíritu de los que reconocemos su verdad práctica, es decir de quienes creemos en su valor como ideal orientador de una vida social cristiana. La objeción se formula en la pregunta acerca de la realidad histórica, de la existencia del Reinado de Cristo acatado y amado por los hombres: No se da de hecho hoy. ¿Acaso se ha dado nunca? ¿Es que existirá alguna vez? No nos basta un ideal, necesitamos una esperanza.

La crisis de nuestro siglo lleva nuestra atención a lo existencial. De las normas supremas pasamos a considerar la vida concreta. Por esto la Historia es la realidad cuya explicación filosófica se nos exige con urgencia.

De aquí que sea de gran actualidad contemplar un aspecto de la Realeza de Cristo cuyo sentido podemos comprender hoy mejor que en siglos anteriores: Cristo es no sólo el Rey de los individuos y de la sociedad, es también el Rey de la Historia.

Debemos tener en cuenta que el P. Ramière no se contentó con elaborar la doctrina de la Soberanía social de Cristo, fué también el creador de la moderna Teología de la Historia. Su obra «Las Esperanzas de la Iglesia» se dirige precisamente a dar a conocer la actualidad providencial del Reinado de Jesucristo. La idea central de su consideración teológica de la Historia es aquella ley fundamental del gobierno divino: la glorificación del Hombre-Dios por quien todo ha sido creado es el fin a que tiende la Historia

En El por quien hizo también los siglos ha puesto Dios Padre toda potestad. El es la causa eficiente, ejemplar y final de la Historia. La misma rebelión de la Ciudad del mal contribuye en los planes de Dios a la realización de sus designios.

Rey del tiempo y de la eternidad llama a Cristo Pío XI. El acontecer humano a través de los siglos no es un movimiento sin plan ni dirección. Al contrario, la historia es el pedestal temporal del solio regio de Jesucristo.

F. C.



EL HOMBRE-DIOS, FIN DEL HOMBRE Y DE TODO EL UNIVERSO

«La gloria del Verbo Encarnado es, en el orden presente,
el fin de toda la creación»

P. Enrique RAMIÈRE, S. I.

El principio fundamental de toda la legislación providencial ya lo hemos visto: es que todas las criaturas tienen esencialmente por fin dar gloria a Dios, reproduciendo en grado finito sus perfecciones infinitas. Hermosura soberana, no pudo dar a las obras de sus manos otro modelo que a sí mismo. Amor infinito, no pudo crear las voluntades racionales sino para ser felices con la posesión de su infinita bondad. Primer principio de todas las cosas debe ser necesariamente su último fin. Luego este derecho inalienable del Creador, este derecho que el Verbo de Dios comparte esencialmente con su Padre, en tanto que no hace con El sino un solo Dios, es imposible que no herede un título nuevo cuando, tomando una naturaleza creada, se hace jefe y modelo de todas las criaturas. Como Dios, era su último fin; pero como Dios encarnado, se hace su fin más próximo, más fácil de alcanzar y en consecuencia más difícil de repudiar.

Por consiguiente, en el orden presente las criaturas tendrán todas por fin la gloria de Jesucristo; y su felicidad como su perfección tendrán necesariamente como medida el grado de su semejanza con Jesucristo, y de su unión con su Corazón divino.

El hombre por excelencia

Lo que es ciertamente verdad de todas las criaturas en general es aun más evidente de aquella a la que el Verbo encarnado se aproxima más: del hombre. ¿Cómo dudar, en efecto, que el Dios-Hombre no sea de un modo muy particular el fin del hombre? Si por él la perfección divina se ha manifestado lo más completamente, al imitarle ¿no estaremos seguros de imitar a Dios más perfectamente y, en consecuencia, de alcanzar el fin propio de nuestra naturaleza que consiste en la glorificación de Dios por la imitación de su perfección infinita? No, después que el Verbo de Dios ha tomado nuestra naturaleza, no podría haber para nosotros verdadera perfección más que en la imitación del divino modelo. Jesucristo, por lo mismo que es el Hombre-Dios, es también el hombre perfecto, el hombre tipo, el hombre por excelencia; Dios el Padre, al darlo al mundo nos ha dicho, en un sentido muy diferente de aquel con el que Pilatos pronunciaba estas palabras, *Ecce Homo*, he ahí al hombre. He ahí el ideal que he concebido desde la eternidad y que os llamo



RAZON DE ESTE NUMERO

Al formular el P. Ramière en «Las esperanzas de la Iglesia» las leyes fundamentales de la Providencia, insiste de modo especial en hacernos considerar a Jesucristo como el centro del Universo creado, Aquel por quien Dios Padre recibe todo honor y gloria y por quien los hombres somos divinizados mediante la incorporación a El por la gracia.

En estas leyes fundamenta la interpretación de la Historia. Jesucristo es el Rey de la misma. En estos días en que la Iglesia celebra los hechos cumbre de toda la Historia humana la Pasión y Resurrección de Cristo, CRISTIANDAD ha querido consagrar el presente número a presentar a sus lectores algunos textos del Doctor Eximio, tan apreciado y seguido por el P. Ramière, referentes a estas cuestiones, entresacados de sus monumentales tratados acerca de la Encarnación y de los Misterios de la vida de Cristo.

EDITORIAL: **Rey del tiempo y de la eternidad.**

DEL TESORO PERENNE: P. Enrique Ramière, S. I. **El hombre-Dios, fin del hombre y de todo el universo** (págs. 170 a 172); P. Francisco Suárez, **Para este Hombre creó todas las cosas** (págs. 175 y 176); **El Verbo Encarnado, fin de todo el Universo** (pág. 177); P. Francisco Suárez, **Ofendió un hombre, debía satisfacer el hombre** (pág. 178); **Resucitó para nuestra justificación** (pág. 179); Miguel Costa y Llobera, Pbro., **«Processó, Impressió de Setmana Santa»** (pág. 180); Declaración del Episcopado Alemán, **La Constitución de un Estado solamente puede cumplir sus fines si se basa en el orden divino** (pág. 185).

PLURA UT UNUM: **El Salmo de la Resurrección**, por Isidro Gomá Civit. (págs 182 a 184); **Las fuentes del cristianismo ruso popular (II)**, por Alexis Marcoff (págs. 188 a 190).

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR: **¿Tópico o misterio?**, por J. B. (pág. 173); **Fechas memorables en 1949**, por el P. Andrés Arístegui, S. I. (páginas 173 y 174).

A LA LUZ DEL VATICANO: **El martirio de China**, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 186 y 187).

DE ACTUALIDAD: **El Papa señala algunos frutos específicos de la asistencia a la Santa Misa. La Iglesia tiene el derecho a señalar una línea de conducta en las incidencias concretas de la acción política. «Salute, Satana»**, por J. O. C., (págs. 191 y 192).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday y otros.

a todos para que lo realcéis, cada uno en la medida de vuestras fuerzas.

Es deber esencial de toda obra realizar el ideal de su creador. Si es una obra inerte y pasiva el mismo obrero se encargará de esta realización. No dejará, pues, de ninguna manera su escoplo o su pincel, no cesará de tallar, pulir, corregir, no se dará a sí mismo y no dará descanso a su obra hasta que haya podido cerciorarse de que el mármol o la tela reproducen las formas, la expresión, el movimiento y la vida de la imagen que contempla en sí mismo.

Pero el hombre es una obra activa, es un cuadro que debe pintarse él mismo y perfeccionar cada día en sí la semejanza de aquel que a la vez es su modelo y su autor. ¿Cómo podrá hacerlo, si este divino modelo permanece encerrado en su invisible esencia y velado por su majestad como con deslumbrante capa? ¿Cómo nuestra mirada de carne podrá penetrar en la inaccesible luz de la inteligencia infinita para tomar allí la idea eterna según la cual hemos sido creados?

Dios ha visto nuestra impotencia y por lo tanto no ha podido resignarse a dejarnos en el estado de imperfección en el que nos colocaba nuestra naturaleza.

¿Qué hará entonces? Realizará El mismo su ideal, encarnará a su Verbo; revestirá de una naturaleza semejante en todo a la nuestra al Hijo que es a la vez la imagen perfectamente semejante de su belleza increada y el tipo soberano de toda hermosura creada. Por la primera creación nos había hecho a su imagen y semejanza, por esta creación nueva, El mismo va a hacerse a nuestra semejanza, y encerrará la incomprendibilidad de su forma divina bajo las estrechas dimensiones de nuestra forma humana.

Después de esto, tiene sin duda derecho a imponernos con nueva instancia el gran deber que nos había ya impuesto por nuestra creación, de imitarlo en todas las cosas, de ser perfectos como El es perfecto, y de glorificarlo por la reproducción visible de sus divinos atributos. Este deber es ya fácil desde que la perfección divina se ha hecho visible a nuestros ojos de carne, desde que nuestras manos han podido tocarla y nuestros oídos han podido oír al Verbo de vida expresándose en nuestro lenguaje.

Acercándonos, pues, a este divino mediador deberemos en adelante acercarnos a Dios, imitándolo nos haremos semejantes a Dios, glorificándolo glorificaremos a Dios. Su gloria es, pues, conjuntamente con la gloria de Dios su Padre, el fin de todos los hombres.

La solución viviente de todos los enigmas

Pero no solamente se revela a nosotros Jesucristo como nuestro fin en tanto nos manifiesta la perfección divina, sino también en cuanto encierra en sí el complemento de nuestra naturaleza. En El y sólo en El se llenan los inmensos vacíos de esta naturaleza, tan rica y tan pobre a la vez. En El sólo hallamos el acuerdo de esas extrañas contradicciones que hacen del hombre un enigma incomprendible. Fuera de Jesucristo, el espíritu del hombre está en oposición necesaria con sus sentidos, la actividad de la inteligencia disminuye la fuerza de la voluntad, el interés y el deber están irreconciliablemente divididos, las pasiones conspiran naturalmente contra la virtud, la felicidad de la vida presente parece incompatible con la felicidad de la vida futura, las conveniencias del individuo no se pueden conciliar con las de la sociedad. Las mismas virtudes luchan contra las virtudes. La grandeza de alma

no puede aliarse con la humildad, la fuerza excluye la dulzura, la sensibilidad de un corazón amante empañía pronto el esplendor de su pureza, el atrevimiento de la inteligencia no se compra sino a expensas de la sencillez en la fe. En una palabra, fuera de Jesucristo, la naturaleza humana no puede hallar esta armoniosa unidad que debería ser a la vez su perfección y su dicha. En su lugar no vemos sino división, desgarramiento, lucha, debilidad, inquietud, desesperación.

En Jesucristo, por el contrario, y en todos aquellos que lo toman seriamente como modelo, todas las luchas se apaciguan, todas las contradicciones cesan, todas las oposiciones se reconcilian. Contemplad el rostro de este divino Salvador y bajad después vuestras miradas sobre los Santos que, como otros tantos espejos vivientes, han reflejado sus benditos rasgos; mirad si en la serenidad de sus frentes, en el brillo de sus ojos, en la dulzura de sus labios, todos los sentimientos que hacen la grandeza del alma humana, no se revelan a vosotros en su plena eflorescencia. Una influencia divina ha pasado por ahí, y ha hecho hombres completos reuniendo juntas las cosas que la naturaleza parecía condenar a un irreconciliable antagonismo.

Los sentidos espiritualizados se han hecho dóciles instrumentos de la razón; las pasiones, conducidas a sus verdaderos objetos, ayudan a la virtud a alcanzar las verdaderas riquezas, la verdadera felicidad, los verdaderos goces; cesan de ser los principios de todos los crímenes para convertirse en fuentes de mérito y de santidad. La inteligencia, hallando en la verdad soberana el bien soberano, favorece por su desarrollo, el desarrollo de la voluntad; la seguridad de poseer eternamente este objeto único de todas las aspiraciones del alma y de gozar de él en proporción de los sacrificios hechos por él en el tiempo, une indisolublemente el interés al deber y no permite ya separar la felicidad de la vida presente de la de la vida futura, la ventaja del individuo con la ventaja de la sociedad.

El Corazón de Jesucristo es, pues, la solución viviente de todos los enigmas que, sin él, hubieran sido insolubles; es la unidad divina del corazón humano que, fuera de él, se divide en jirones. Es aun el lecho nupcial en el que vienen a juntarse en casto abrazo todas estas virtudes que separaba un funesto divorcio. En él y por él la humildad, apartando al hombre de buscar la grandeza en la nada, se la hace encontrar en Dios y se une a las más altas aspiraciones. En él la fuerza, tranquilamente apoyada en Dios y no teniendo ya necesidad de violentos esfuerzos para sostenerse, se une a la más encantadora dulzura. En él el corazón más afectuoso halla para su sensibilidad un sabroso alimento que le dispensa de correr tras de vergonzosas voluptuosidades; y se hace tanto más capaz de amar todo cuanto es amable por cuanto adquiere más dominio sobre sus brutales apetitos. En él, en fin, el amor ardiente de la verdad vuelve a la inteligencia tanto más atrevida y más confiada en su seguimiento, cuanto es más humilde y más dócil en aceptarla, cuando por sí misma se entrega por el canal de la fe.

He ahí al hombre tal cual lo hizo Jesucristo. He ahí en su unidad, en su perfección, en su paz serena e inalterable. Antes de Jesucristo el hombre era un edificio en ruinas cuyas piedras, magníficamente talladas, pero violentamente separadas unas de otras, parecían no poderse ya reunir; el mismo plan de este edificio se había perdido y los arquitectos que habían tratado de reconstruirlo no habían logrado más que mutilarlo. Jesucristo

vino, nos mostró en sí mismo el edificio divino reconstruido con un esplendor que jamás había alcanzado, y en adelante de nosotros depende el hallar en él esta unidad que vanamente buscábamos fuera de él.

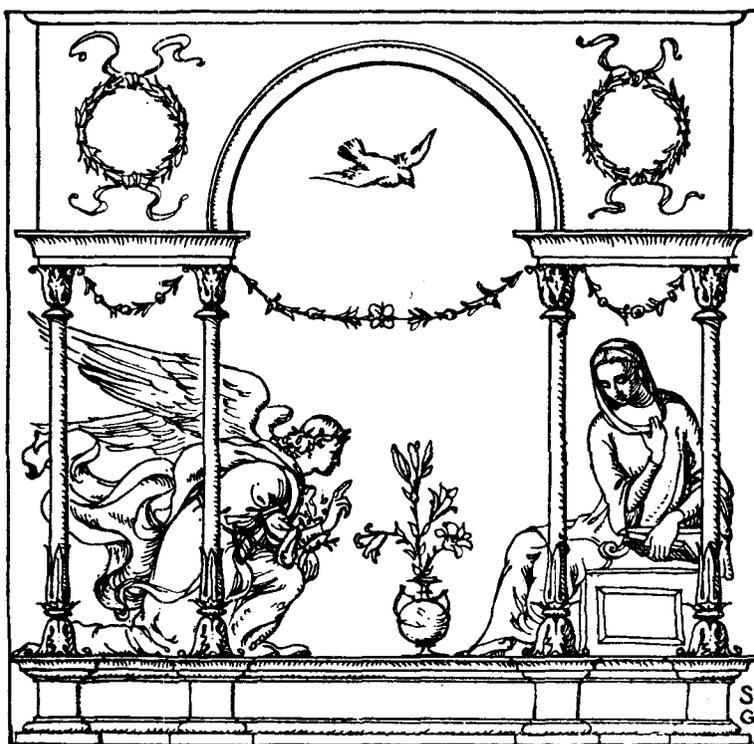
Jesucristo, perfección del hombre

En efecto, Jesucristo no es solamente la perfección de la humanidad en general, es también la perfección de cada hombre en particular.

Todos venimos al mundo extrañamente incompletos; la naturaleza se contenta con esbozarnos para dejar a nuestra libre actividad el mérito de nuestro perfeccionamiento. Hay, pues, en el natural de cada hombre ímpetus y lagunas, cualidades y defectos. Desarrollar las cualidades y corregir los defectos, regularizar los ímpetus y llenar las lagunas, tal es la obra de la vida presente. Pero, para realizar esta obra necesitamos una regla. Si un tipo

no nos es dado, estaremos en gran peligro de tomar por virtud lo que es defecto y de exagerar hasta la monstruosidad los ímpetus que hubieran debido atenuarse. Buscadle donde queráis este tipo accesible a todos los espíritus y a todos los ánimos, más grande que los más grandes, está al alcance de los pequeños, este tipo que revela a todos toda perfección y que, al revelarla, la hace amable: no lo hallaréis de ninguna manera fuera de Jesucristo. Pero en Jesucristo lo hallaréis, y si sois sinceros, no pediréis otra prueba de la divinidad de este adorable Salvador. Si, he ahí vuestro tipo; ¿queréis saber lo que os falta y lo que tenéis de más? Medios sobre Jesucristo. ¿Queréis volver a hallar la unidad de vuestro ser, dividida ahora en mil pedazos? Comparad cada parte a la parte correspondiente del ser de Jesucristo, y hallaréis el lugar de cada facultad, la dirección a imprimir a cada movimiento. Hallaréis de nuevo el orden, y con el orden la perfección, la paz, la verdadera felicidad.

(LAS ESPERANZAS DE LA IGLESIA. *Las Leyes de la Providencia*, cap. II, art. 1.º)



«EL CONSENTIMIENTO DE LA HUMANIDAD»

Para realizar el misterio de la Concepción de Cristo por la Virgen convenía mucho que fuese ella advertida. Lo prueba Santo Tomás con óptimas razones.

Por este misterio la Santísima Virgen era levantada a singular unión con Dios, pues debía ser la Esposa del Espíritu Santo, convenía al suave orden de la divina providencia, esperar su voluntario consentimiento. Más todavía, añade Santo Tomás que en esto representaba a toda la naturaleza humana, y que consintió en su nombre en el admirable matrimonio que debía realizarse entre Dios y los hombres.

Francisco Suárez. «De mysteriis vitæ Christi»
Comm. a la Qu. XXX

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR

Fechas memorables en 1949

Por el P. ANDRÉS ARISTEGUI, S. I.
Director Nacional del Apostolado de la Oración

¿TÓPICO O MISTERIO?

Acaba de tener lugar el quinquagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal de Pío XII, y el mundo católico lo ha celebrado, por indicación expresa del Sumo Pontífice, procurando sobre todo unirse íntimamente a sus sentimientos e intenciones.

Estas disposiciones nuestras no deben ser transitorias. Este Domingo de Pasión deberá representar para nosotros EL COMIENZO de una vida espiritual más intensa, de una más activa participación en la Comunión de los Santos; EL FORTALECIMIENTO DE NUESTRA UNIDAD, cuyo principio está en Roma.

¿Bastaría una unión afectiva, de amor, con el Sumo Pontífice, si no estuviere acompañada de la COMPRENSIÓN de su doctrina y de sus actitudes? ¿O, lo que es lo mismo, del robustecimiento DE NUESTRAS CONVICCIONES?

El hombre moderno no obra por convicciones; sino, a lo más, por estados pasionales. Por esto está a la merced de cualquier propaganda. La pasión por sí sola, en efecto, es una falsa energía, porque es una energía ciega; crece, decrece, cambia de signo sin darse cuenta, CON AQUELLA TRÁGICA SENSACIÓN DE AUTONOMÍA que constituye su más íntimo engaño.

¿Una contrarrevolución? Tiene razón José de Maistre al responder negativamente: nos situaríamos EN EL PLANO MISMO del enemigo. Nuestra oposición con él ha de ser más profunda; «LO CONTRARIO DE LA REVOLUCIÓN». Y en este momento de caprichosa ligereza, lo contrario de la revolución ¿NO ES, SIN DUDA, MEDITAR?

¿Por qué habla el Papa? ¿POR QUÉ CALLA? ¿Qué valor hay que atribuir en cada momento a sus palabras y a sus silencios? ¿Cuáles son sus esperanzas, cuáles sus amarguras, cuáles las razones de las mismas? En esta constante traslación de los problemas al orden sobrenatural, ¿qué es lo que hay?

¿Tópico, o misterio?

J. B.

La voz del Papa se ha oído a pesar de enemigas interferencias. Su acento es único. Los conductores de pueblos son escuchados con pesimismo o con recelo. La palabra del Papa es luminosa incluso cuando habla del martirio.

Es que su apoyo es completamente distinto del que sirve a los hombres de Estado. Estos ponen toda su esperanza en planes económicos, en uniones, en armamentos militares, en colaboración material de las diversas naciones. El Papa, no. Su Santidad ve preso al Cardenal Primado de Hungría, contempla la terrible persecución desencadenada contra la Iglesia y contesta con esta desconcertante medida: *Los sacerdotes tienen facultad para celebrar dos Misas el domingo de Pasión, en reparación del ateísmo sistematizado.*

¿Es que no sabe Su Santidad lo que sucede? ¿Se lo hemos oído tantas veces! Hasta su actitud implorante al dar la bendición recuerda el dolor de su alma por los sufrimientos de la Santa Iglesia de Dios.

Pero ¿qué podemos nosotros frente a un poder inmenso y ateo de aviesa intención contra la Iglesia? Si las naciones fuertes como Estados Unidos e Inglaterra se muestran temerosas del porvenir, y una nación tan rica como Francia cree que bastarían dos semanas al invasor soviético para hacerse dueño de todo su territorio, ¿qué podrá hacer en propia defensa la imitadora del Jesucristo atado de manos y traicionado en Getsemani? ¿Qué puede hacer contra los comunistas en China? ¿Qué contra los que aprisionan y llevan al destierro de Siberia a los sacerdotes? ¿Y contra los que hacen desaparecer, como en Rumania, a los sacerdotes y dirigentes de Acción Católica que no quieren hacerse cismáticos? Pero supongamos que la Iglesia tuviera un poderoso ejército, ¿podríamos triunfar con él en los campos de batalla con el mismo triunfo y provecho que consiguieron los cristianos en Roma, en la arena del circo y celebrando el Santo Sacrificio en las catacumbas?

El Papa, Vicario de Cristo, el asistido por el Espíritu Santo, señala la causa del mal y procura el remedio allí donde está: *en lo sobrenatural.* Dentro de él, en la mayor fuente de santificación en la Sagrada Eucaristía, en la santa Misa.

Todos los días el sacerdote levanta en sus manos al Señor que permite

en su providencia cuanto hoy de manera tan angustiosa nos oprime. El es quien puede retirar el permiso de hacer daño al espíritu del mal. Justo es, pues, que nos agrupemos junto al altar en que se celebra el Santo Sacrificio.

Pero al ir hacia él, los sacerdotes y los fieles no llevan solamente lágrimas en sus ojos, sino alegría en el corazón. El privilegio de la Misa doble ha sido concedido con ocasión de una alegría, de una fiesta del Padre común de los cristianos. Pío XII celebra el día 2 de abril sus bodas de oro sacerdotales. Esta mezcla de la risa con las lágrimas es muy propio de la vida cristiana. Puesto que Su Santidad desea que demos carácter reparador e impetratorio a lo que de suyo piden en acción de gracias y alegría, hagámoslo así. De este modo podremos simplificar y realizar mejor el auxilio a la Santa Iglesia que pedimos en la circular dirigida a los directores del Apostolado el 8 del pasado diciembre, haciéndonos eco de las llamadas que desde Roma nos hacía la Dirección General en este sentido.

Para lograrlo mejor, empecemos por fomentar la devoción hacia el Pontificado y hacia la persona del Papa, divulgando lecturas que los den a conocer, por ejemplo, el libro titulado *Pío XII: Cuadros de una vida santa*, recién publicado por el director de esta Revista.

Luego procuremos celebrar las bodas de oro sacerdotales de Pío XII del modo más espiritual, pero con la advertencia preliminar de que ante todo *hemos de atenernos a los planes de los respectivos Prelados* y secundarlos, aun cuando al hacerlo caigan por tierra nuestros propios proyectos. Seamos, sí, los primeros en cuanto se refiera a oración; a hacer fuerza al Corazón del Señor por medio del Corazón de nuestra Madre Inmaculada, valiéndonos de Horas Santas, Comuniones, Misas, Rosarios, ofensivas de los Cruzados Eucarísticos, etc. En especial insistimos en *la asistencia a la santa Misa.* Un medio de fomentarla y de ayudar con mucha eficacia a Su Santidad y a la Iglesia será *el procurar una campaña* para que en todas las familias uno, por lo menos de sus miembros asista a Misa cada día del mes de abril. Encarecemos mucho a los Centros esta campaña.

De los Centros y aun de los par-

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR

ticulares, esperamos que nos envíen el mayor número de Misas así obtenidas o de modo semejante, junto con los demás obsequios, para poderlos enviar a Roma.

Otro de los motivos de alegría, y que en estos momentos puede ser de mucho provecho, es la conmemoración del *cincuentenario* de la Encíclica *Annum Sacrum* y, por consiguiente, de la consagración del género humano al Sagrado Corazón hecha por León XIII en 1899; coincidencia que tanto impresionó al joven sacerdote Eugenio Pacelli, que hizo constar su emoción por ella en su primera Encíclica *Summi Pontificatus*.

Ha sido la revista *CRISTIANDAD*, especialmente querida del Apostolado de la Oración, como salida de su seno, aun cuando se mueve en ámbitos muy

amplios, la que más ha trabajado en este orden. Para caer en la cuenta del sentido e importancia de la Encíclica citada y de la consagración, ayudará mucho la lectura del folleto publicado por la misma revista, que lleva por título *Hacia el cuarto año jubilar*

Para mejor conmemorar este cincuentenario:

1.º Celebremos de modo especial *el mes de mayo*, dedicándolo a honrar el Corazón Inmaculado de María y suplicándole el cumplimiento de nuestro lema: *¡Que venga, Señor, tu Reino!* El mes de mayo próximo debe ser de una intensidad mariana especial y de propaganda de la devoción al Inmaculado Corazón de María.

2.º Celebración, más fervorosa también, de la novena y de la fiesta del Sagrado Corazón, presentando esta de-

voción como solución salvadora del mundo, como la concibió León XIII; al mismo tiempo durante todo el mes de junio debemos incrementar las consagraciones de las familias al Sagrado Corazón.

3.º Por último, debemos celebrar en el mes de octubre de modo especialísimo la fiesta de Cristo Rey y renovar con toda solemnidad la consagración del género humano al Sagrado Corazón de Cristo Rey. En una u otra novena conviene recorrer la Encíclica *Annum Sacrum*.

Esto es lo que recomendamos al estudio y fervor de nuestros Centros.

Esperemos que el Señor se quiera servir de nuestro Apostolado y escuchar las plegarias de los que actúan unidos en el Corazón de Cristo por los intereses de su Iglesia universal.

DE LA DIRECCIÓN NACIONAL
DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

(*El Mensajero del Corazón de Jesús*, abril de 1949.)

La necesidad más urgente de nuestro tiempo

En la Edad Media, ya präterita, miraban los hombres en el Papa, y con razón porque lo es, al Vicario de Jesucristo; mas sucedió no pocas veces que su vista se fijaba en demasía en el Vicario, queremos decir en el hombre, y con esto se olvidaban de Jesucristo y así se sublevaban contra la supremacía del Papa, porque su orgullo les hacía ver en él a un soberano temporal que pretendía dominarles.

En la idea del Reino de Cristo nos parece ver invertidos los términos. En el primer término se nos presenta Jesucristo viviente en su Iglesia, viviente en su representante en la tierra. Si así llegara a mirarse por todo el mundo al Vicario de Jesucristo, se le vería siempre sobrenaturalizado, más aún, divinizado.

Esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice. Esta vida sobrenatural es la que trae consigo el Reinado de Jesucristo; ésta es la que implora sin darse cuenta la indigencia de nuestro tiempo, ésta es la que reclama el alma de nuestra sociedad.

(P. Ramón Orlandis, S. I., *Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey* «Hacia el Cuarto Año Jubilar», pág. 75.)

« EN EL PRINCIPIO DE SUS CAMINOS »

PARA ESTE HOMBRE CREÓ TODAS LAS COSAS

«El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos.» - «El primogénito de toda criatura.» - «Ha sido constituido heredero universal.» - «Por El creó también los siglos.»

P. Francisco SUÁREZ

«Según una opinión teológica muy bella en sí, y para Jesucristo sobremanera gloriosa, defendida por graves teólogos, la Encarnación del Verbo fué decretada aun antes de la caída de Adán, como suprema y extraordinaria manifestación de la divina gloria.»

«Si es así preséntase Jesucristo naturalmente ante los ojos como fin y Señor de todo lo creado.»

Así escribe el P. Ramière en *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano, manifestando claramente su simpatía por la doctrina que entre otros defendió el Teólogo eximio y piadoso Francisco Suárez.*

Reciente la conmemoración del cuarto centenario del Doctor Eximio, CRISTIANDAD ofrece a sus lectores algunos textos de los tratados *De Incarnatione* y *De mysteriis vitæ Christi*, no para tomar con ello posición en las cuestiones teológicas discutidas que en ellos vayan implicadas, lo que no convendría al carácter de la Revista, sino para dar a conocer y gustar a sus lectores algunos de los profundos pensamientos de Suárez acerca de la Encarnación y la Redención.

Dios, de primera intención, en su primera voluntad con que quiso comunicarse a las criaturas, quiso el misterio de la Encarnación y que Cristo Nuestro Señor fuese Dios y hombre al mismo tiempo para constituir así la Cabeza y el fin de todas las obras divinas bajo el mismo Dios. Esto lo enseñó magistralmente, además de otros autores ya citados, el Abad Ruperto en su libro «Sobre la gloria y el honor del Hijo del Hombre», donde dice: «Hay que afirmar religiosamente y aceptar con reverencia que Dios creó todas las cosas para coronar de gloria y de honor a este Hombre. Con razón se dice que no ha sido creado el hombre para los ángeles, sino los ángeles mismos y todas las otras cosas para un Hombre». Lo cual confirma con el testimonio del Libro de los Proverbios, 8, y de la Epístola a los Hebreos, 2.

La misma opinión siguen Cirilo, Ireneo, Agustín y otros santos Padres.

Refiere también Galatino la común tradición de los hebreos de que Dios lo había creado todo por amor del Mesías, y que por esto Isaías, en el capítulo IV, le llama *germen*; y el Salmo 67 le llama *el fruto de la tierra*, porque del mismo modo que esto es como el fin y la belleza del árbol, así el Mesías lo es todo el Universo.

Y aunque en la Escritura no conste expresamente, se puede deducir con gran probabilidad en primer lugar del Antiguo Testamento, Proverbios, 8: «*El Señor me poseyó al principio de sus caminos*»; o como tradujeron los Setenta: «*El Señor me creó como principio de sus caminos*». Estas opiniones las atribuyen a la Sabiduría Encarnada casi todos los antiguos Padres griegos y latinos, entre ellos Clemente Romano, Basilio, Atanasio contra los Arrianos, Gregorio Nacianceno, Gregorio Niceno y San Cirilo de Alejandría, el cual expresamente dice: «*Nos hemos de preguntar quién es el que dijo: El Señor me creó, y responde: Cristo, hecho ya hombre*» (...)

Finalmente, Epifanio dice ser ésta la exposición que hacían los grandes Padres, y que no se ha de rechazar. Como fuera que los arrianos abusaban de tal testimonio para probar que el Hijo de Dios es una criatura, los santos respondían que aquello había sido dicho por causa de su Humanidad. Y aunque la Vulgata no emplea la palabra *creó*, sino *me poseyó*, sin embargo, esto no obsta, porque se dice que Dios posee aquello que crea, pues es con toda

propiedad su Señor, y en este sentido ponderaba Ambrosio aquella expresión: *El Señor me poseyó*; efectivamente, si el Hijo hablase en cuanto Dios, no le llamaría Señor, sino Padre.

Por consiguiente, Cristo como hombre ha sido erigido desde la eternidad, *in initio viarum Dei*, no en el orden de las cosas creadas, sino según el propósito y la intención de Dios; y no se significa solamente que de algún modo haya sido determinado por el designio eterno de Dios (pues esto es común a todas las cosas que son creadas en el tiempo), sino que lo fué de un modo singular, porque en efecto tuvo el primado en la misma mente de Dios, y radica en el principio de sus caminos, lo que se declara después en aquellas palabras: «*Desde la eternidad tengo yo el principado, y desde antes de los siglos, antes que la tierra fuese hecha*». Con estas palabras quiere el sabio alabar por la antigüedad de su origen esta Sabiduría Encarnada; y puesto en el tiempo no fué, según su humanidad, producida antes que las otras cosas existiesen, la considera en el eterno designio de Dios, en el cual antes que hubiese sido hecha cosa alguna, fué ella el principio de los caminos de Dios.

Es cierto que algunos de los Padres citados entienden por tales *caminos* la obra de la Redención; pero, como vió más correctamente Atanasio, por ellos se entienden todas las obras de Dios. Así como el sendero queda trazado por las huellas, así los efectos de Dios son sus vestigios y como caminos que nos llevan a El, y por esto en el Salmo 144 se dice: «*Justo es el Señor en todos sus caminos*», y a continuación se explica: «*Y Santo en todas sus obras*», y el Salmo 24 dice: «*Todos los caminos de Dios son misericordia y verdad*»; porque en todas las obras de Dios brillan principalmente estas perfecciones.

Por esto, el Sabio, como para explicar estos caminos, añade: «*Desde el principio, antes que criase cosa alguna, primero que fuese hecha la tierra*». Con esta interpretación concuerda un lugar semejante del Eclesiástico, 24: «*Desde el principio y antes de los siglos ya recibí Yo el ser*», donde, después de expresiones parecidas, concluye finalmente: «*Dios prometió a su siervo David que nacería de él el Rey fortísimo, que se sentaría en un trono de gloria para siempre*», palabras que sólo cobran sentido referidas a Cristo. Todo lo demás se puede entender de



F. Suárez

modo congruente como dicho acerca de Cristo; y aunque no negamos que se pueden dar de este testimonio otras interpretaciones acomodadas a la letra, no hay por qué rechazar ésta que concuerda con ella y ha sido indicada por los antiguos Padres.

También se prueba por el Nuevo Testamento, principalmente por la carta de San Pablo a los Colosenses, donde habla de Cristo Hombre-Dios, y a como Dios le llama «*imagen de Dios invisible*», como a hombre en cambio le llama «*primogénito de toda criatura*» (...) Y la razón por la que Cristo en cuanto hombre es primogénito de toda criatura la explica el mismo San Pablo en el lugar citado, diciendo: «*Pues por él fueron creadas todas las cosas, y así él tiene el ser ante todas las cosas, y todas subsisten por él, y él es la Cabeza del cuerpo de la Iglesia*», y concluye finalmente: «*para que en todo tenga él la primacía*». Allí, como entre otros entienden el Crisóstomo, se habla claramente de Cristo como Hombre, pues en cuanto tal es cabeza del cuerpo de la Iglesia, y «*el primero en renacer de entre los muertos*», como allí mismo se dice; por consiguiente, como hombre tiene el primado de todas las cosas, aun en el eterno designio y en la mente de Dios.

Luego para El, hecho hombre, fueron creadas todas las cosas. Con estas palabras se confirma de nuevo que Cristo, Dios-Hombre, es el fin por el cual y en cuyo honor lo creó Dios todo; y lo mismo se dice en la carta a los Hebreos, cap. 2: que Cristo es Aquel para quien son todas las cosas. También se deduce esto de aquellas palabras de San Pablo a los Corintios (I, 3) en que, hablando a los justos y predestinados, les dice: «*Todo es vuestro, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios*». Todas las cosas son de los elegidos, por razón del fin, pues que por ellos han sido creadas, para que consigan la salvación y la gloria. Por la misma razón, tanto los predestinados mismos con todo lo demás del universo se dice que es de Cristo, puesto que por El, como por su fin próximo, todo ha sido creado.

Por esto, en la carta a los Hebreos, cap. 1, se afirma de Cristo que «*ha sido constituido heredero universal*», lo que es necesario que se entienda de El como hombre, pues como Dios no es heredero, sino Señor por naturaleza. Así también lo que sigue: «*por quien hizo los siglos*» parece que debe atribuirse a este mismo Hombre, Cristo, por medio del cual el Padre ha hablado con nosotros. Así el Crisóstomo dice que *el Padre obra todo por la gloria del Hijo*, y, como después demostraremos, Cristo es la causa final de nuestra predestinación.

De Incarnatione

Disp. V, sect. II

¡Una sentencia contra «seres imaginarios»!

«...Para que semejantes hombres no horaden la casa como los ladrones, y a modo de las zorras que se esfuerzan en destruir la viña, no perviertan los corazones de los sencillos, y hieran en secreto a los inocentes, para cerrar el anchísimo camino que en tal concepto podría abrirse a la perpetración impune de las iniquidades ...con el parecer de algunos de nuestros venerables hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, y por nuestra propia voluntad y con la plenitud de la autoridad apostólica, establecemos y decretamos que deben ser condenadas y prohibidas dichas sociedades, asambleas... llamadas de los francmasones, o con cualquier otro nombre (según la variedad de los idiomas), como en nuestra presente Constitución, perpetuamente valedera, las condenamos y prohibimos.»

Clemente XII, Constitución «*In eminenti*», 28 de abril de 1738.

El Verbo Encarnado, fin de todo el Universo

Algunos textos de la Sagrada Escritura, citados por el P. Suárez y en los que funda su doctrina acerca del motivo de la Encarnación. Traducción del P. José Miguel Petisco

El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras

El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, desde el principio antes que criase cosa alguna.

Desde la eternidad tengo yo el principado, desde antes de los siglos, primero que fuese hecha la tierra.

Todavía no existían los abismos, y yo estaba ya concebida; aun no habían brotado las fuentes de las aguas.

No estaba asentada la grandiosa mole de los montes, ni aun había collados, cuando yo había ya nacido.

Ni aun no había criado la tierra ni los ríos ni los ejes del mundo.

Cuando extendía El los cielos estaba yo presente; cuando con ley fija encerraba los mares dentro de su ámbito.

Cuando establecía allá en lo alto las regiones etéreas y ponía en equilibrio los manantiales de las aguas.

Cuando circunscribía el mar en sus términos, e imponía ley a las aguas para que no traspasasen sus límites; cuando asentaba los cimientos de la tierra.

Con El estaba yo disponiendo todas las cosas; y eran mis diarios placeres el holgarme continuamente en su presencia.

El holgarme en la creación del Universo, siendo todas mis delicias el estar con los hijos de los hombres...

Ahora, pues, ¡oh hijos!, escuchadme: Bienaventurados los que siguen mis caminos...

(Proverbios, cap. VIII, vers. 22-31)

Antes de los siglos ya recibí yo el ser

La Sabiduría se hará ella misma su elogio y se honrará en Dios y se gloriará en medio de su pueblo...

Yo salí de la boca del Altísimo, engendrada primero que existiese ninguna criatura.

Yo hice nacer en los cielos la luz indeficiente, y como una niebla cubri toda la tierra.

En los altísimos cielos puse yo mi morada y el trono mío sobre una columna de nubes.

Yo sola hice todo el giro del cielo, y penetré por el profundo del abismo, me paseé por las olas del mar.

Y puse mis pies en todas las partes de la tierra y en todos los pueblos.

Y en todas las naciones tuve el supremo dominio.

Yo sujeté con mi poder los corazones de todos, grandes y pequeños; y en todos esos pueblos y naciones busqué donde posar, y en la heredad del Señor fijé mi morada.

Entonces el criador de todas las cosas dió sus órdenes y me habló: y el que a mí me dió el ser, estableció mi tabernáculo, y me dijo: Habita en Jacob, y sea Israel tu herencia, y arráigate en medio de mis escogidos.

Desde el principio y antes de los siglos ya recibí yo el ser, y no dejaré de existir en todos los siglos venideros; y en el tabernáculo santo ejercité el ministerio mío ante su acatamiento.

Y así fijé mi estancia en el monte Sión, y fué el lugar

de mi reposo la ciudad santa, y en Jerusalén está el trono mío.

Y me arraigué en un pueblo glorioso, y en la porción de mi Dios, la cual es su herencia y mi habitación fué en la plena reunión de los santos.

En mí está toda la gracia para conocer el camino de la verdad; en mí toda esperanza de vida y virtud.

Venid a mí todos los que os halláis presos de mi amor, y saciaos de mis dulces frutos.

Porque mi espíritu es más dulce que la miel, y más suave que el panal de miel mi herencia.

Se hará memoria de mí en toda la serie de los siglos.

Los que de mí comen tienen siempre hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben.

Prometió Dios a su siervo David que haría nacer de él al Rey fortísimo, que se sentaría sobre un trono de gloria para siempre.

El cual rebosa en sabiduría como el Fison y el Tigris en la estación de los nuevos frutos...

Es el único que la ha conocido perfectamente, y otro que sea menos fuerte no la comprende.

Porque son más vastos que el mar sus pensamientos, y sus consejos más profundos que el grande abismo...

(Libro del Eclesiástico, cap. 24)

Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy

Dios, que en otro tiempo habló a nuestros padres en diferentes ocasiones y de muchas maneras por los profetas, nos ha hablado últimamente en estos días por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero universal de todas las cosas, por quien creó también los siglos. El cual, siendo el esplendor de su gloria y vivo retrato de su sustancia, y sustentándolo todo con su poderosa palabra, después de habernos purificado de nuestros pecados está sentado a la diestra de la majestad en lo más alto de los cielos, hecho tanto más excelente que los Angeles cuanto es más aventajado el nombre que recibió por herencia.

Porque, ¿a cuál de los Angeles dijo jamás: Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy? Y, asimismo, ¿Yo seré

Padre suyo y El será mi Hijo? Y otra vez, al introducir a su primogénito en el mundo, dice: adórenle todos los Angeles de Dios...

Y en otro lugar se dice: Tú eres, oh, Señor, el que al principio fundaste la tierra: y obras de tus manos son los cielos. Ellos perecerán mas Tú permanecerás siempre el mismo, y todos como vestidos envejecerán y como un manto o ropa, así los mudarás y quedarán mudados; pero Tú eres para siempre el mismo y tus años nunca se acabarán.

En fin, ¿a qué Angel ha dicho jamás: Siéntate tú a mi diestra, mientras que pongo a tus enemigos por peana de tus pies?

(Epístola a los Hebreos, cap. I)

OFENDIO UN HOMBRE, DEBIA SATISFACER EL HOMBRE

«Nuestra mortalidad, ejemplar de la de Cristo.» – «El medio óptimo para nuestra Redención.» – «Nos dió sus bienes y recibió nuestros males.» – «Su muerte produjo nuestra vida.»

P. Francisco SUÁREZ

Hay que afirmar, pues, que si se habla con toda propiedad y se considera de modo absoluto la cuestión, el medio más conveniente para nuestra redención fué que Dios asumiese una naturaleza humana según la cual satisficésemos por nosotros. Esto es ciertísimo y claro teniendo en cuenta lo que hemos dicho. En primer lugar, la unión hipostática con una naturaleza intelectual era el medio para nuestra redención, porque convenía más que fuésemos redimidos en el seno de una estricta justicia, que sólo podía guardarse de esta manera. Además, fué también lo más conveniente para este fin que tal unión se realizase con una naturaleza humana, como se entiende fácilmente.

Primeramente porque es de mayor justicia que fuese quien satisficésemos el mismo que había sido el ofensor; *ofendió el hombre, debió pues satisfacer el hombre*, no el mismo individualmente que había sido el ofensor, pues no podía hacerlo de modo perfecto y proporcionado; debió, por lo menos, ser un Hombre de la misma naturaleza y especie. En segundo lugar, también convenía a la *mayor gloria y honor de los hombres*. Tercero, para la mayor confusión del demonio, que así era ahora derrotado por la misma naturaleza a la que había vencido.

Convenía también para manifestación más grande del divino amor hacia los hombres. Y por la misma razón se comprende que era oportuno que tal naturaleza fuese pasible, para que nos redimiese por la pasión y muerte, y nos resultara más provechosa la enseñarse con su doctrina y su ejemplo, comunicándonos así no sólo sus bienes, sino que en cuanto era posible incluso, recibiese El nuestros males; porque la perfecta caridad y amistad hacen que sean comunes, tanto los bienes como los males.

De todo lo cual podemos deducir que la Encarnación es el medio óptimo y más adecuado para la redención del hombre, entre cualquier medio posible, y más aún, de potencia absoluta; lo cual afirman claramente todos los Padres y teólogos que se han citado, y se demuestra evidentemente por lo dicho, pues no puede haber ningún medio mejor que aquel que concilia la perfecta justicia con la perfecta misericordia, lo cual no podía hacerse de ningún otro modo.

Y no hay inconveniente en conceder que Dios ha podido emplear el medio mejor y más apto; porque aunque en las cosas absolutamente finitas y creadas, siempre puede Dios crear cosas mejores y más perfectas que cual-

quiera criatura que haya hecho, sin embargo en este misterio, puesto que comunicó en persona infinita, comunicó un bien tal que no puede haberlo mejor.

De Incarnatione

Disp. IV, sect. II

* * *

Dios no quiso que Cristo fuese mortal y pasible, antes que quisiese permitir el pecado y que previese éste con su propia y absoluta ciencia de visión. En esto parecen convenir todos los teólogos, y aunque difieran acerca de si el misterio de la Encarnación fué decretado antes o después de la previsión del pecado, todos enseñan que el estado pasible y la pasión y muerte de Cristo no fueron predeterminados antes que el pecado original fuese previsto y permitido.

Esto es lo más concorde con las Escrituras, que enseñan que Dios no quiso ni creó la muerte: en sí misma no fué querida por Dios, sino sólo establecida con ocasión del pecado.

Podemos argumentar además que hay en esto diferencia entre la Encarnación y la Pasión, porque la Encarnación fué amable por sí misma como fin de todas las obras divinas; la Pasión, en cambio, y la muerte no fué amable en sí misma, sino como medio para la Redención del pecado. Siendo por tanto la Pasión medio para la destrucción del pecado, y al contrario, no siendo la permisión del pecado medio elegido para la Pasión y muerte de Cristo, es necesario que Dios quisiera primero permitir el pecado que decretar que Cristo padeciese y muriese.

Dios no prefirió con absoluta voluntad la muerte de Adán y de sus hijos, ni que éstos naciesen capaces de padecer, sino porque previó y permitió el pecado; no porque quisiera que fuésemos mortales previó y permitió el pecado, sino al contrario, porque vió que pecaríamos nos quiso castigar con la muerte; luego tampoco de otro modo determinó la muerte de Cristo. *Porque no menos fué castigo de nuestro pecado la muerte de Cristo que nuestra muerte*; además de que Cristo fué hecho pasible y mortal para que se asemejase a nosotros y fuese misericordioso con nosotros, como dice San Pablo a los Hebreos, 2. Del mismo modo que la inmortalidad de Cristo es el ejemplar de nuestra inmortalidad, así nuestra mortalidad se puede llamar ejemplar de la mortalidad de Cristo, y por tanto anterior a ella en la divina presciencia y voluntad.

De Incarnatione

Disp. V, sect. III

Resucitó para nuestra justificación

«La Resurrección de Cristo, ejemplar de nuestra resurrección.» – «El primero a renacer de entre los muertos.» – «El que resucitó a Jesús nos resucitó a nosotros con El.»

P. Francisco SUÁREZ

Para explicar cuál sea la causa final de la resurrección de Cristo se pueden aducir las razones por las que Santo Tomás y otros santos demuestran que Cristo resucitó. Todas estas razones y en general todo lo que, según ellos, nos aprovecha, de esta resurrección, se puede resumir en aquella expresión según la cual *Cristo resucitó por nosotros los hombres*, así como murió por nosotros. A esto se refieren aquellas palabras de San Pablo a los romanos: «Resucitó para nuestra justificación», a lo que dice San Gregorio Nazianceno: «La Resurrección para la resurrección», es decir, la Resurrección de Cristo se hizo por causa de nuestra resurrección.

Pero a esto hay que añadir que aunque Cristo resucitó por nosotros, resucitó en absoluto y en primer lugar para sí mismo y para su gloria. Así pues, tal como decimos que el Verbo se hizo carne para nuestra Redención, y no obstante quiso encarnarse en primer lugar por la excelencia de un misterio tan grande, para comunicarse a sí propio a las criaturas de modo perfectísimo; de la misma manera debemos decir que la resurrección fué ordenada por Dios a nuestro provecho, pero de modo que fué querida por sí misma para la gloria y exaltación del mismo Cristo...

Porque era debida a Cristo Nuestro Señor, por la majestad del Verbo que habitaba en su cuerpo. No convenia a la admirable santidad de aquel cuerpo, por la unión inefable a la misma santidad subsistente, que fuese privada por mucho tiempo de la vida y de la unión con el alma. Por lo cual, Atanasio dice: «Quien no cree en la Resurrección del cuerpo del Señor, no conoce la virtud del Verbo y de la Sabiduría de Dios. Porque si es cierto que había asumido un cuerpo, y así vindicado todo lo que es propio del cuerpo, ¿qué debía determinar con respecto a su cuerpo? No podía suceder que no muriese, porque se debía ofrecer a la muerte por todos; ni debía permanecer muerto porque era el sagrario de la Vida. Por esto revivió, por su Vida que estaba en sí mismo. (...)»

Además, porque en razón de la unión hipostática, y por la gloria de su alma, le era debido al cuerpo de Cristo la vida perpetua y gloriosa; el que hubiese sido por un tiempo mortal fué por causa de nuestra salvación; luego, consumada ésta por la muerte de Cristo, le era debida la vida en sí y por sí, aunque no hubiese sido su resurrección útil y necesaria para nosotros. Por esto, con razón dice Atanasio que «Cristo resucitó para manifestar que no había muerto por debilidad, sino para extinguir la muerte, y una vez ésta vencida, convenia que se levantase como trofeo de la victoria contra la muerte».

De Misteriis Vitae Christi

Disp. XLV, sect. II

* * *

En el Nuevo Testamento tenemos la expresa promesa y predicción de Cristo acerca de nuestra resurrección. «Viene el tiempo en que los que están en el sepulcro oirán la voz del Hijo del Hombre, y saldrán los que hicieron buenas obras para la resurrección de la vida, pero los

que las hicieron malas para la resurrección del juicio» (Ioann. 5). En las epístolas de San Pablo son muy frecuentes los testimonios. El primero es aquel a los Corintios, I, 15, donde con varias razones y ejemplos declara esta verdad y les persuade de ella. Dice allí: «Si decimos que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo es que dicen algunos entre vosotros que no es posible la resurrección?», de lo cual concluye San Pablo que nuestra resurrección es posible, pues esto inmediata y evidentemente nos lo muestra el ejemplo de la Resurrección de Cristo.

Por otra parte, prueba que tendrá lugar, como advierte Santo Tomás, quien confirma esto con las palabras de Job, 10: «Sé que mi Redentor vive y que en el último día resucitaré de la tierra», donde también la conjunción «y» se entiende como causal, en el sentido de que *por esto yo resucitaré*. Lo cual indica Gregorio: «Tenemos esperanza de nuestra resurrección, considerando la gloria de nuestra Cabeza». Porque donde está la cabeza allí debe estar el cuerpo; por eso justamente deduce San Pablo de la resurrección de la Cabeza la resurrección de los demás miembros. Lo cual magníficamente explica él mismo en la segunda carta a los Corintios, cap. 4: «Sabido que el que resucitó a Jesús nos resucitará a nosotros con El y nos colocará con vosotros en su gloria. Porque todo se hace por causa de vosotros». Con lo cual indica otra prueba de aquella deducción, porque así como Cristo murió por nosotros, también *por nosotros resucitó, a saber, para resucitarnos a todos con El*.

Pero el mismo San Pablo añade otra razón y la explica en el mismo cap. 15 de la primera carta a los Corintios: «Cristo ha resucitado de entre los muertos, y ha venido a ser como las primicias de los difuntos: porque como por un hombre vino la muerte, también por un Hombre debe venir la resurrección de los muertos, y como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados». Con cuya expresión quiere significar esto: la muerte se introdujo por el pecado de un hombre, por lo tanto debió ser destruida por Cristo. Porque no es menos eficaz Cristo para destruir la muerte por medio de la resurrección a la vida eterna que lo fué Adán para introducir la muerte. Como en Adán, como en su cabeza, todos murieron, así en Cristo todos serán vivificados.

El mismo argumento usaba San Pablo dirigiéndose a los romanos, cap. 5, cuando, después de afirmar que la gracia de Cristo es de mucha mayor eficacia que el pecado de Adán, concluye: «Si por el pecado de uno sólo ha reinado la muerte, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia, y de los dones, y de la justicia reinarán en la vida por sólo Jesucristo». Donde abundó el delito, ha sobreabundado la gracia, a fin de que, como reinó el pecado que ocasionó la muerte, así por Jesucristo Nuestro Señor reina la gracia en virtud de la justicia para dar la vida eterna; lo cual parece que se dice principalmente refiriéndose a la resurrección de los justos.

De misteriis Vitae Christi

Disp. L, sect. I

PROCESSÓ

IMPRESSIÓ DE SETMANA SANTA

Miquel COSTA i LLOBERA, prev.

*Per la frescor de març, perfum de violetes;
celatge moradenc per l'horitzó flotant,
i sobre l'esperit, les uncions secretes
del dia moridor... Era el Divendres Sant.*

*Baixant entre xiprers, des del veí Calvari,
seguia poc a poc la llarga processó:
brillaven ja sos llums, i el càntic funerari
de lluny feia sentir sa lenta oració.*

*Les notes d'aquell cant, com un vol d'aus nocturnes,
per l'aua de la nit giraven vagament,
fins a tocar del Puig les roques taciturnes,
fins a morir avall pel remorós torrent.*

*Cendrosos olivars i bosc obscur i roques
i camps de sembradiu fonien les colors,
sorgint com un trofeu palmeres d'altres soques,
damunt un llunyedà de pàl·lides blavors.*

*Com una reina en dol de tràgic infortuni,
la lluna, amb roig esguard, de dins la mar sortí,
com escampant records d'un altre pleniluni
en què suor de sang guaità a Getsemani.*

*Semblava ella parlar de l'única diada
en què el sol, per horror, va cloure el gran ull seu,
i en què ella, cap al tard, vegé la Immaculada
plorar sobre el cos fred la mort de son Fill Déu.*

*Llavors mon esperit volà dins l'harmonia
del cant i la besllum, de l'hora i els records;
i al fons de lo indecís pintà ma fantasia
la immensa processó que formen vius i morts.*

*I vet aquí que arreu generacions passaven:
misèries i esplendors, lo dèbil i lo aspru;
i, essent tan diferents, d'enfora s'igualaven,
com són iguals de lluny les ones d'un gran riu.*

*Mes, alta damunt tot, se veia la figura
de l'abatut suprem, de l'Home de dolors,
vessant amor sublim del fons de sa amargura
i de sa horrenda creu un rastre de dolçors.*

*Irradiava llum son cap, cenyit d'espines,
llençant sobre aquest món un raig net i suau;
i com dins un boirum de llàgrimes divines
li feia nimbe entorn l'arc iris de la pau.*

*Blanc d'immortals amors i d'odis implacables,
damunt l'oneig del temps seguia son camí,
mostrant-se, mai confós, entre corrents mudables,
profundament humà, profundament diví.*

*Profundament humà de penes i tendresa,
profundament diví d'oracles i virtut:
bé es veia ésser l'Ungit d'eterna realesa
per Salvador del món culpable i decaigut.*

*Ell, víctima innocent, redempció sens mida;
Ell, consol infinit, un Déu que sap plorar;
Ell, sant treballador, exemple i llei de vida;
Ell, mestre del morir, que pot ressuscitar...*

*És l'únic que desclou el llibre del misteri,
tancat amb set segells que mai obrí ningú...
És Ell que a terra i cel eixampla son imperi...
Ell és principi i fi. Ell és qui ho fa tot u.*

*Adoren cels de cels davant sa faç humana,
adora també el món, adora fins l'infern,
puix tot lo que contra Ell s'aixeca en lluita vana,
baix de sos peus caigut, acreix son soli etern.*

*Això per un moment, amb claretat intensa,
llavors més bé que mai vegé mon esperit,
mentres moria el so i per la volta immensa
s'alçaven transparents les ombres de la nit.*

Pollença, 24 març - 10 abril 1902

PROCESIÓN - Impresión de Semana Santa

En el aire fresco de marzo, perfume de violetas — flotando en el horizonte, un celaje morado, — y las unciones secretas del día moribundo — en el espíritu... Era el Viernes Santo.

Bajando entre cipreses, desde el vecino calvario, — avanzaba lentamente la larga procesión: — ya brillaban sus luces, y hacia oír desde lejos — su lenta oración el cántico funeral.

Las notas de aquel canto revoloteaban vagamente, — cual vuelo de aves nocturnas, por el crepuscular anochecer, — hasta alcanzar las rocas taciturnas de la colina, — hasta morir, abajo, en el rumoroso torrente.

Cenicientos olivares y bosque obscuro y rocas — y campos de sembradío fundían sus colores, — surgiendo cual trofeo palmeras de altos tallos, — sobre una lontananza de pálidos azules.

Semejante a una reina en luto de trágico infortunio, — la luna, con roja mirada, se alzó de dentro del mar, — como suscitando recuerdos de otro plenilunio — en que sudor de sangre contempló en Getsemani.

Parecía hablar de la única jornada — en que el sol, horrorizado, apartó su rostro del mundo, — y en que ella, al atardecer, divisó a la Inmaculada llorando, — inclinada sobre el frío cuerpo, la muerte de su Hijo Dios.

Entonces arrancó el vuelo mi espíritu en la armonía — del canto y la penumbra, de la hora y los recuerdos, — y sobre lo borroso pintó mi fantasía — la inmensa procesión que forman vivos y muertos.

Y he aquí que, por todas partes, pasaban generaciones: — miserias y esplendores, lo débil y lo rudo; — y, con ser tan distintos, exteriormente se igualaban — cual se igualan, de lejos, las olas de un gran río.

Mas, alzándose por encima de todo, se veía la figura — del supremo abatido, del Varón de dolores, — rebosando amor sublime del fondo de su amargura, — y de su horrenda cruz, un rastro de dulzuras.

Irradiaba luz su cabeza, ceñida de espigas, — lanzando sobre este mundo un rayo límpido y suave; — y como en una neblina de lágrimas divinas, — le servía de nimbo el arco iris de la paz.

Blanco de inmortales amores y de odios implacables, — hacía su camino sobre el oleaje del tiempo, — mostrándose, siempre igual, entre corrientes mudables, — profundamente humano, profundamente divino.

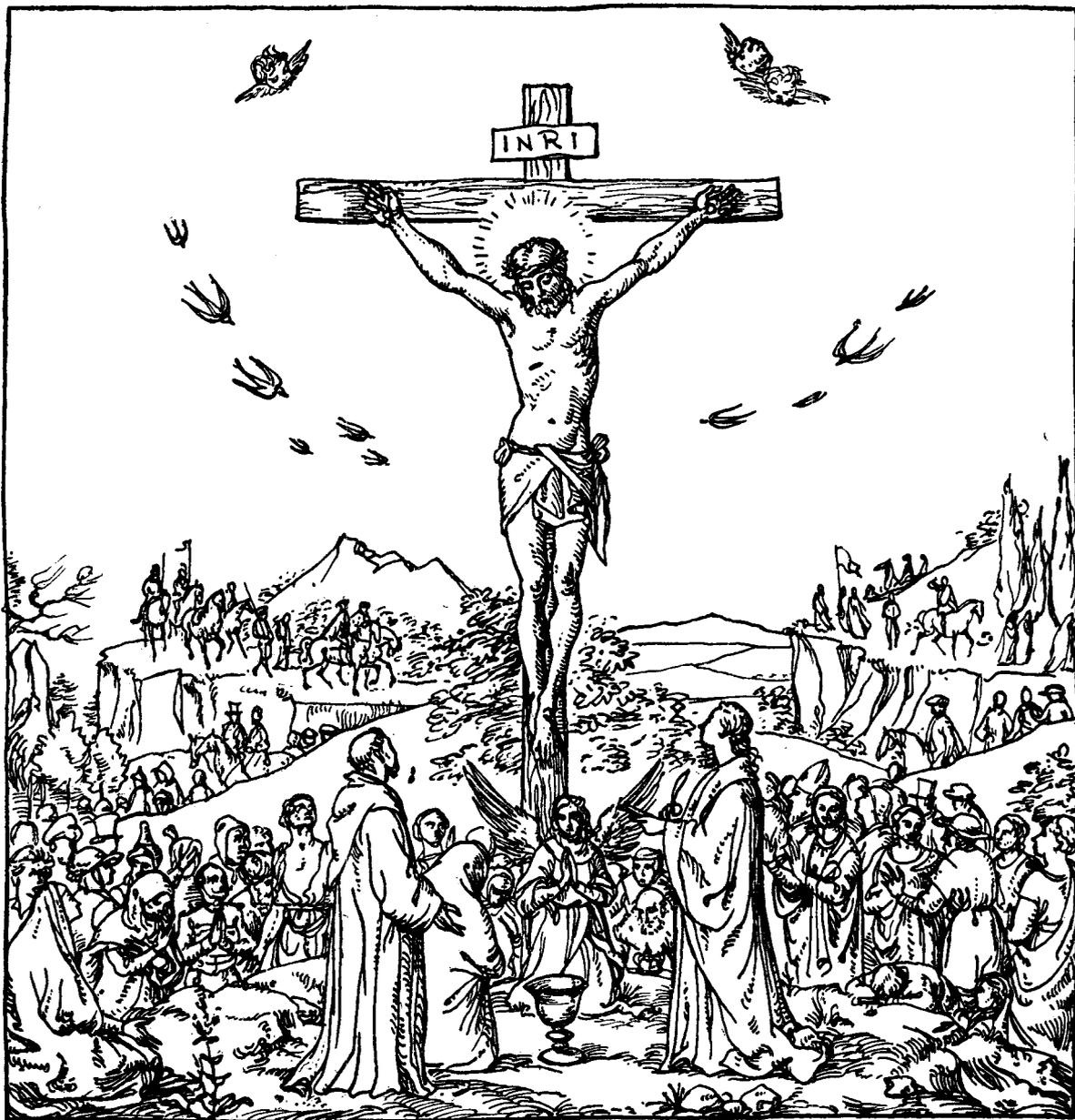
Profundamente humano de penas y ternura, — profundamente divino de oráculos y virtud: — bien se advertía que era el Ungido con la eterna realesa — para Salvador del mundo culpable y decaído.

El, víctima inocente, redención inmensa; — El, consuelo infinito, un Dios que sabe llorar; — El, santo trabajador, ejemplo y ley de vida; — El, maestro del morir, que puede resucitar...

Es el único que abre el libro del misterio, — cerrado con siete sellos que nadie jamás rompió... — Es El quien extiende su imperio por tierra y cielo... — El es principio y fin. El que todo lo unifica.

Los cielos de los cielos se postran ante su faz humana, — adora también el mundo, hasta el infierno adora, — pues todo lo que contra El se alza en vana lucha, — caído bajo sus pies, acrece su eterno solio.

Esto, por un instante, con claridad intensa, — entonces, más que nunca, percibió mi espíritu, — mientras moria el sonido y por la inmensa bóveda — se alzaban transparentes las sombras de la noche.



E vet aquí que arreu generacions passaven:
misèries i esplendors, lo dèbil y lo aspriu;
i, essent tan diferents, d'enfora s'igualaven,
com són iguals de lluny les ones d'un gran riu.

Mes, alta damunt tot, se veia la figura
de l'abatut suprem, de l'Home de dolors,
vessant amor sublim del fons de sa amargura
i de sa horrenda creu un rastre de dolçors.

Y he aquí que, por todas partes, pasaban generaciones: — miserias y esplendores, lo débil y lo rudo; — y, con ser tan distintos, exteriormente se igualaban — cual se igualan de lejos, las olas de un gran río.

Mas, alzándose por encima de todo, se veía la figura — del supremo abatido, del Varón de dolores, — rebosando amor sublime del fondo de su amargura, — y de su horrenda cruz, un rastro de dulzuras.

El Salmo de la Resurrección

I. PREFACIO. CRISTO, INTÉRPRETE DE LA BIBLIA

Los profesores de Sagrada Escritura tienen su modelo de infinita perfección pedagógica en Nuestro Señor Jesucristo resucitado. Mediodía de Pascua, camino de Emaús: una nube de pesimismo oprime el espíritu de Cleofás y su compañero... El Maestro, ignorado peregrino, les acompaña, y en larga lección que se prolonga hasta el atardecer, «comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les iba interpretando en todas las Escrituras lo que a El se refería» (Lc., 24, 27). Ellos escucharon con atención extática, y al examinar después introspectivamente su alma, reconocieron en ella los efectos de una enseñanza modelo: claridad de «sentido» y calor de «corazón»: «¿Por ventura nuestro corazón no estaba que ardía dentro de nosotros cuando El nos hablaba en el camino, cuando nos abría el sentido de las Escrituras?» (Lc., 24, 32).

Poco después el Señor daba a los Apóstoles otra clase bíblica en el Cenáculo acerca de su Pasión y RESURRECCIÓN, descrita de antemano en la Ley, los Profetas y los SALMOS; y «entonces les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras» (Lc., 24, 45). Los Apóstoles conocían ya sin duda los TEXTOS, pero la INTELIGENCIA o SENTIDO permaneció cerrado hasta que habló el divino Comentarista.

¡Menguada humildad la de aquellos modernos «cristianos» (?) —mucho más alejados de la Biblia y de Cristo que Cleofás y los Apóstoles—, los cuales pretenden entender las santas y difíciles Escrituras por sí solos sin maestro ni comentarios auténticos!...

II. EL SALMO DE LA RESURRECCIÓN

De los mencionados textos de San Lucas parece desprenderse que Jesús mostró el dogma de su Resurrección contenido en textos del libro de los Salmos. La piedad ilustrada quisiera saber cuál fué de entre ellos el salmo principal, que pueda llamarse por antonomasia «de la Resurrección del Mesías», así como el XXI («Deus meus, Deus meus, quare me dereliquisti?») es el salmo clásico de la Pasión.

Nos da la respuesta segura uno de los que oyeron la lección del Resucitado y recibieron de El el carisma de la interpretación bíblica; San Pedro, quien en el primer discurso catequético del día de Pentecostés desarrolla con vigorosa dialéctica el tema de la reciente resurrección de Jesús de Nazareth apoyándose en la segunda parte del salmo XV (léanse los Hechos Apostólicos, 2, 25-32). Lo mismo que Pedro en Jerusalén, argumenta Pablo en la sinagoga de Antioquia de Pisidia quince años más tarde (Hechos, 13, 35-37).

Orientados por el magisterio apostólico y con sencillez de serena meditación, sin disquisiciones técnicas de hermenéutica propias de clases universitarias, repasaremos el «cántico espiritual» que Dios, Autor principal de la Biblia, hizo resonar, hace casi treinta siglos, en la cithara inspirada del inclito cantor de Israel, David, hijo de Isai.

III. SENTIDO MESIÁNICO DEL SALMO

Una observación previa ha de iluminar el estudio de este salmo (y, por analogía, el de otros muchos del Salte-

rio). Después de ponderar minuciosamente todas las razones exegéticas, se desprenderían las siguientes conclusiones:

1) El salmo forma una unidad literaria, de manera que es uno solo quien habla desde el primer versículo hasta el último.

2) El que habla en el salmo es el Mesías, a quien exclusivamente pueden aplicarse en estricto sentido literal algunas expresiones.

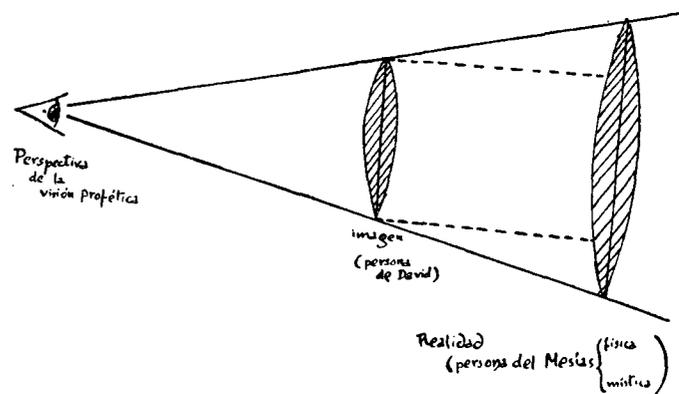
3) A pesar de ello, varias frases responden a situaciones afectivas de la historia de David, quizá mejor que al mismo Mesías en cuanto al color literario.

4) Consta, además, que uno de los fines principales por los cuales el Espíritu Santo inspiró el cántico fué el que sirviera de oración, por medio de la cual las almas selectas, y especialmente las que forman parte de la clerecía eclesiástica, expresaran sus propios afectos en forma perfectísima.

Tenemos, pues, tres sujetos en la oración salmódica: David-Cristo-el alma selecta. Apoyados en la manera de hablar de eximios escriturarios, podemos decir que de todos ellos se trata en sentido literal, aunque bajo distintos aspectos. No precisamente que haya en el salmo tres sentidos literales, sino un solo sentido que se aplica en diversa proporción a tres diversos objetos.

Más concretamente: Dios inspira el cántico al profeta David (que es en su vida de perseguido y triunfador un «tipo» o figura del Mesías), sobrenaturalizando carismáticamente un estado psicológico producido por las circunstancias en que se encuentra. Mas a través de su situación personal y muy por encima de ella el profeta *pre-vé* y *pre-siente* en espíritu el futuro Mesías y del futuro Mesías canta con sus labios los altísimos afectos. Son afectos de David y del Mesías; más del Mesías que de David. Y pues en el Mesías formarán una persona mística sus elegidos, cuyos corazones vibrarán (especialmente en las almas selectas) armónicamente al compás de los sentires de su Corazón, también a los futuros elegidos se referirán los afectos del profeta, quizá con más plenitud que a él mismo, aunque con mucha menos que al Mesías, que es la figura central, propiamente *única*, del salmo, por cuanto si sus palabras son de David es solamente en cuanto «tipo» del Mesías, y si son de los cristianos es por cuanto con El están místicamente asociados.

Esta característica, propia del género literario profético (y, por consiguiente, de frecuente aplicación en el Antiguo Testamento), suele representarse gráficamente de la siguiente forma:



El profeta ve en la imagen y por la imagen (David) la realidad (Cristo). Algunas expresiones se aplican mejor a la imagen, otras exclusivamente a la realidad; el conjunto se aplica más exactamente a la realidad que a la imagen.

Orientados por este principio, y dejando muchas derivaciones concretas al fácil discurso del lector, glosemos levemente el texto divino. Después, cerrar la glosa y saborear con pausa, hasta hacerlo oración propia, el inspirado cantar místico de David.

IV. OCASIÓN HISTÓRICA

David errante por los desiertos de Judea, «a un paso de la muerte» (1 Sam., 20, 3), es perseguido por el obcecado Saúl «como se persigue por los montes a una perdiz» (1 Sam., 26, 20). El perseguidor acampa con su ejército en el collado de Jakilá. El perseguido llega de noche hasta la tienda del rey, se apodera de su lanza con audaz valentía y con magnánima generosidad evita la muerte de Saúl a pesar de las instigaciones de Abisai. Al despuntar la alborada y a prudente distancia grita a Saúl de esta manera: «*Dignese escuchar el rey, mi señor, las palabras de su siervo. Si es Yahveh quien te incita contra mí, que El reciba la fragancia del sacrificio (de mi vida). Pero si son los hombres, malditos sean ante Yahveh, pues han querido desterrarme hoy, para que no pueda participar en la heredad de Yahveh, diciendo: «Vete a servir a dioses extranjeros»* (1 Sam., 26, 19).

Estas palabras del hijo de Isai nos revelan una de las más graves tentaciones de su martirizada juventud. Era común error del paganismo el principio: «*cuius regio eius religio*»: el dominio del dios no traspasa las fronteras de la nación; cambiando de país se cambia de culto. Tal error había penetrado hasta en los mismos hebreos. Al ver a David acosado por Saúl, perversos consejeros le proponen la solución «*per modum unius*» de cambiar de patria y religión: vete al extranjero y sirve a sus dioses... Grave tentación de apostasía e idolatría que el joven perseguido rechaza con la gallarda frase: «*No caiga por tierra mi sangre lejos de la presencia de Yahveh*» (1 Sam., 26, 20), y con la oración del salmo, que más tarde, en la paz de Jerusalén, rey victorioso e inspirado salmista, concretará en las palabras del Miktam —«áureo salmo»— que tiene en la Biblia el número XV (XVI).

A la tentación responde con un acto de recurso y amor absoluto al solo único verdadero Dios (2) y de adhesión

a sus fieles adoradores de la Tierra Santa (3). Abomina a los idólatras y maldice sus ritos y plegarias (4). Con familiares metáforas formula su gozosa y exclusiva consagración al Señor (5-6). En la segunda parte, levantando el vuelo del alma en alas de las íntimas inspiraciones de lo alto (7), canta agradecido su confianza en la actual presencia protectora de Dios (8) y la certeza de una presencia eterna que embriaga con efluvios de serena alegría su corazón, alma y sentidos (9), porque no verá su alma desamparada en la tristeza del limbo ni su carne en la corrupción del sepulcro (10); antes bien, conducido por la senda de la Vida verdadera gozará de las rebosantes delicias de la compañía de Dios eternamente (11).

El estilo es suavemente lírico, sin artificios literarios rebuscados. Mezcla espontánea de oración y soliloquio, formula con reposada sencillez los sentires de una contemplación puramente espiritual, que traducida al lenguaje franciscano se encerraría en una sola jaculatoria: *Deus meus et omnia!*...

V. NOTAS EXEGETICAS

v. 1-2. Arranque de confianza en la protección del Señor: «*confugio ad Te!*», guárdame, Dios mío... El orante (Cristo. David. El alma) está oprimido por la angustia de la persecución: su situación es la que describe el salmo XVI (XVII). A la persecución se añade la tentación de apostasía; la tuvo David, la tuvo Jesucristo (misterio de condescendencia), a quien Satanás ofrecía trocar la Cruz por el Imperio a cambio de un acto idolátrico (Mt.

4, 8-11); la han tenido legiones de cristianos mártires de sangre o del cumplimiento del deber, a quienes «hombres malditos» (1 Sam., 26, 19) sugieren la fácil solución de servir a dioses extranjeros, es decir, a otra religión, o a una secta, o al indiferentismo que se resuelve al fin en la «religión» moderna de Satanás: la riqueza, el poderío y el orgullo (cf. Lc., 4, 3-13). La respuesta del orante es rápida y triunfal: contra la persecución, confianza en el refugio de Yahveh; contra la tentación, fe en un solo Dios, amor a un solo Bien.

v. 3. Del afecto fundamental del amor a Dios nace en el Mesías el afecto derivado del «*admirable*» amor de ternura para con los «*santos*», es decir, según el lenguaje bíblico, los adoradores del verdadero Dios, los que poseen su «*Tierra*» que fué Israel en el Antiguo Testamento, como imagen y preludeo del Reino Mesianico, el Reino de Cristo, la Iglesia Romana en el Nuevo Testamento, preludeo a su vez del definitivo Reino escatológico del Cielo en la eternidad.



PLURA UT UNUM

v. 4. Por ley del contraste, al amor para con los seguidores de la Verdad responde la abominación a los adoradores de la Mentira. En el pensamiento de David serían ante todo los cananeos, los devotos de Baal y de Astarté, los que llegaban al crimen de derramar en ofrenda sacra libaciones de sangre humana, de sangre de inocentes primogénitos... Sería para él una blasfemia la sola pronunciación de sus nombres inmundos. Si Dios es fuente de felicidad, la idolatría es manantial de multiplicadas desdichas.

v. 5-6. Por medio de sencillas metáforas vuelve el salmista al tema por donde comenzó: El señor es mi Dios y mi todo. En la mesa israelita, el padre de familia distribuía a cada uno de los comensales la porción de vino generoso que le correspondía; la porción del salmista, la que sacia la sed de su alma, la sed de amor y felicidad, es el Señor Dios. Al distribuir un campo entre varios herederos, se dividía en partes por medio de cuerdas en tensión que señalaban los límites; la suerte decidía el poseedor de cada parte, para quien «las cuerdas habían caído» en buen o mal lugar. La heredad del salmista ha sido el Señor, heredad hermosa en la que él alborozado se complace. Es decir, sin metáforas: Dios es mi propiedad, todo mi tesoro, la fuente de mi dicha, la hermosura de mi corazón, el sostén de mi esperanza. Con las palabras del versículo 5 expresan los clérigos de la Iglesia su gozosa y total consagración al servicio de Dios desde la primera tonsura.

v. 7. Si la herencia del salmista es efecto de una «suerte», de una gratuita benevolencia del Señor, es también fruto de una elección libre y consciente, que el don de Consejo dirigió en el coloquio de las íntimas inspiraciones, de la vocación al vértice del amor divino, hasta en el augusto silencio de la oración nocturna — ¡oh noches de sublime oración en la Vida de Jesús del Evangelio!— cuando el Corazón encendido por la gracia dictaba los afectos de la total consagración a la voluntad del Padre...

v. 8. Donde está el amor, está el pensamiento. El salmista vive en la constante presencia de Dios. Lo ve ante sus ojos como el amigo eterno; lo siente a su diestra como fuerte custodio: con El sus pasos serán siempre firmes.

Así vivió Cristo en perenne visión beatífica de la divi-

nidad. Jamás estuvo solo: «*Non sum solus, quia Pater mecum est*» (Ioh. 16, 32). Este es el ideal fascinador al que tienden los espíritus selectos, al que llegan algunos privilegiados: vivir en constante presencia consciente del Señor.

v. 9-10. El vuelo de la inspiración poética ha subido en suave *crescendo* desde el principio, y se acerca al cenit que es el último versículo. El rey salmista ha olvidado las circunstancias de su propia persona, y sólo ve ya al Mesías, el único (con su cooperadora María Virgen) a quien pueden aplicarse las palabras del salmo en sentido estricto, pues si los demás se las apropiarán, será en sentido muy amplio. La protección de Dios, su eterno amigo y compañero, será tan eficaz que obtendrá pleno triunfo en las angustias de la Pasión. No será el triunfo evitar la muerte y hacer que pase sin beber el cáliz del dolor, sino recobrar victoriosamente la vida después de inmolarla. El alma y la carne se separarán, pero el alma estará sólo como de paso en los infiernos (en el limbo), y la carne no llegará a sentir la humillación de la podredumbre: el sepulcro será morada de unas horas, no «domus aeternitatis». La perspectiva de una inmediata Resurrección gloriosa arranca vibraciones de alborozada alegría en el alma y Corazón del Mesías, y hasta de seguridad consoladora en el cuerpo hecho carne de dolor, que reposará tranquilo y esperanzado en su mortaja.

v. 11. El motivo total de este gozo es la anticipada fruición de la Vida eterna que le espera. Pasado el valle de la muerte, Dios, supremo Bien del orante, le mostrará la senda de una nueva vida en la eterna compañía del Amado: «*apud te*», «*ad dexteram tuam*»... Vida de felicidad, de delicia, de plenitud. Y esto «*para siempre*», eternamente, *nesah* en el hebreo, palabra con la cual culmina el sublime cántico, como grito de triunfo del dolorido mártir que otea su felicidad al otro lado de la tumba, pensamiento fascinador de una eternidad embriagada por los efluvios de la amistad de un Corazón divino, a cuyo místico son enmudece el salterio para saborear en reposada contemplación la dulce paz de una esperanza eterna,

*«quale allodetta cue in aere si spazia
prima cantando, e poi tace contenta
dell'ultima dolcezza che la sazia».*

Isidro Gomá Civit, Pbro.

TEXTO DEL SALMO XV

Sálvame, ¡oh Señor!, pues tengo puesta en ti toda mi esperanza.

Yo dije al Señor: Tú eres mi Dios, que no tienes necesidad de mis bienes.

Cumplido ha maravillosamente todos mis deseos, en los santos que moran en su tierra.

Multiplicaron los impíos sus miserias, en pos de las cuales corrían aceleradamente. No seré yo el que convoque sus sanguinarios conventículos; ni siquiera tomaré en boca tales nombres.

El Señor es la parte que me ha tocado en herencia, y la porción destinada para mí. Tú eres, ¡oh Señor!, el que restituirás y conservarás mi heredad.

En delicioso sitio me cupo la suerte, hermosa es a la verdad, la herencia que me ha tocado.

Alabaré, pues, al Señor que me ha dado tal entendimiento; a lo cual aun durante la noche mi corazón me excitaba.

Yo contemplaba siempre al Señor delante de mí, como quien está a mi diestra para sostenerme.

Por eso se regocijó mi corazón, y prorrumpió en cánticos alegres mi lengua; y además también mi carne descansará con la esperanza.

Porque yo sé que no has de abandonar tú, ¡oh Señor!, mi alma en el sepulcro; ni permitirás que tu Santo experimente la corrupción.

Hicíste me conocer las sendas de la vida; me colmarás de gozo con la vista de tu rostro: en tu diestra se hallan delicias eternas.

La Constitución de un Estado solamente puede cumplir sus fines si se basa en el orden divino

DECLARACION COLECTIVA DEL EPISCOPADO ALEMAN

Los Obispos alemanes de las zonas occidentales celebraron el pasado mes de febrero una reunión especial en Puetzchen, cerca de Bonn, al fin de la cual publicaron la siguiente declaración colectiva:

Temores ante el proyecto de la nueva Constitución

«La profunda ansiedad por el bienestar futuro de nuestro pueblo ha inducido a los Obispos alemanes a reunirse en esta conferencia extraordinaria.

»La situación actual de las negociaciones ante el Parlamento de Bonn nos da razones para temer que la Constitución federal, tal como se está proyectando, desatenderá los derechos básicos y los principios que son de vital importancia para el establecimiento de un sano sistema político. La Constitución de un Estado solamente puede cumplir sus fines si se basa sobre el orden divino eternamente válido, manifestado primero en la ley natural y confirmado y perfeccionado a través de Cristo. La dignidad del individuo libre y moralmente consciente debe ser respetada. Todo ciudadano debe ser protegido con una salvaguardia explícita que le facilite ordenar su propia vida y la de su familia, de acuerdo con su conciencia, que, a su vez, debe obedecer los dictados de la ley divina.

Los padres tienen derecho a la educación de sus hijos

»Una de las exigencias más importantes que es preciso expresar es que la Constitución federal reconozca los derechos que Dios mismo ha concedido a los padres. Los padres han sido llamados por Dios, y son responsables ante El de la educación de sus hijos, y por ello debe dárseles la oportunidad y el derecho no sólo de educar a sus hijos en la familia, sino también de educarles en las escuelas del Estado, de acuerdo con la responsabilidad con que ellos cargan.

»Deseamos establecer públicamente que en ninguna circunstancia podremos renunciar a esta demanda. Al hacer esta reclamación sabemos que están unidos con nosotros

los padres católicos y toda la población católica, que comparten nuestros serios temores.

»¿Cómo podría una Constitución salvaguardar y asegurar el futuro pacífico de nuestro pueblo mientras deliberadamente se ignoren tales derechos básicos? Las luchas y sufrimientos de estos últimos años hubieran sido vanos si la Constitución federal no contuviera disposiciones que hagan imposible para el Estado la violación de la conciencia cristiana, vanos si se permitiera otra vez al Estado prevalecer sobre los derechos de los padres en materias de educación escolar. Deseamos declinar aquí, y ahora con absoluta claridad, toda responsabilidad por los acontecimientos que de ahí se sigan.

Subsistencia del Concordato

»Nosotros los Obispos rechazamos resueltamente los ataques que durante la discusión del Concordato del Reich se han lanzado contra la Santa Sede por la prensa y en el Parlamento. Estos ataques nos han ofendido profundamente a nosotros y a toda la población católica. Fueron lo más ofensivos para el Padre Santo, si se considera que durante el tiempo de nuestra humillación la Santa Sede nunca cesó de considerar a Alemania como una parte capaz de concluir tratados, considerando también que la Santa Sede ha probado constantemente ser la amiga y auxiliadora de los sufrimientos de nuestro pueblo, sin tener en cuenta las opiniones del mundo. Por eso deseamos que la Constitución federal contenga garantías para el mantenimiento del concordato concluido entre la Santa Sede y el Reich.

»Que todos los que ocupan puestos de responsabilidad política oigan nuestro llamamiento antes de que sea tarde para restaurar entre nuestro pueblo, que tan largo tiempo ha sufrido, aquella indispensable libertad que tan apasionadamente ansiaba. — Firmado: *José, Cardenal Frings.*»

La «ingenuidad» de León XIII ¡«Creía» en los masones!

«...En nuestros días todos los que favorecen la peor parte (la «ciudad terrena») parecen conspirar a una y pelear con la mayor vehemencia, siéndoles guía y auxilio la sociedad que llaman de los masones, extensamente dilatada y firmemente constituida. Sin disimular ya sus intenciones, audacísimamente se animan contra la majestad de Dios, maquinan abiertamente y en público la ruina de la Santa Iglesia, con el propósito de despojar, si pudiesen, enteramente a los pueblos cristianos de los beneficios que les granjeó Jesucristo, nuestro Salvador.»

«En tan inminente riesgo, en medio de tan atroz y porfiada guerra contra el nombre cristiano, es nuestro deber indicar el peligro, señalar los adversarios, resistir cuanto podamos sus malas artes y designios, para que no perezcan eternamente aquellos cuya salvación nos está confiada...»

León XIII, Enc. «Humanum genus», 20 de abril de 1884

El martirio de China

I

«Una nueva era para nuestra nación...»

La derrota del Japón por obra de los ejércitos estadounidenses, debida principalmente a los terribles efectos de las bombas atómicas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki y a la amenaza reiterada del empleo masivo del nuevo y poderoso explosivo, significó la terminación efectiva de la segunda guerra mundial. Cuando a bordo del *Missouri*, los plenipotenciarios japoneses estamparon su firma en el acta de rendición incondicional, pudo parecer a muchos que con aquel simple acto se iniciaba un período de tranquilidad substancial en los países del Asia oriental, tan necesitados de una convivencia pacífica para sanar las gravísimas heridas infligidas a sus poblaciones por los largos años de luchas incesantes, y especialmente en la atormentada China, víctima de cruentas discordias internas, cuyos efectos se habían agravado considerablemente con la invasión de las tropas nipónicas.

La inclusión de este dilatado país entre los «cuatro grandes» Estados que mutuamente se atribuían la potestad suprema de estructurar el mundo según los principios de una democracia de impreciso y oscuro contenido, hacía prever a los menos avisados que se acercaba para aquella gran nación asiática el comienzo de una época fecunda en sólidas iniciativas para el levantamiento moral y material de sus habitantes, entre las naturales dificultades derivadas de las propias características nacionales y de las semillas anárquicas sembradas en el país por las disputas incesantes entre los poderosos caciques locales.

Haciéndose eco de este sentir y expresando el deseo unánime del pueblo chino, ansioso de dar inmediato comienzo a la gran obra de reconstrucción nacional, el Excmo. y Rvdmo. Mons. Paul Yu Pin, Vicario Apostólico de Nankin, manifestaba a un periodista italiano, a raíz de la terminación de las hostilidades, lo siguiente:

«Bien puede imaginarse el gozo con que China recibe el fin de la guerra. Ahora podemos mirar el futuro con confianza y determinación, listos para la obra formidable de la reconstrucción nacional. En el campo de lo espiritual, la colaboración de la Iglesia Católica no sólo es deseada y solicitada por el Gobierno, sino también por el pueblo mismo.

»El generalísimo Chiang Kai Shek hizo una llamada a todos los misioneros cristianos para que vengan a China y laboren por el bienestar de nuestro pueblo, no en calidad de extranjeros, sino como colaboradores y salvadores de nuestras gentes. En sus deseos le acompañan los sentimientos del pueblo chino, y especialmente nuestros anhelos. Somos cuatro millones de católicos chinos, menos del uno por ciento de la población total; pero comprendemos perfectamente la gran responsabilidad que pesa sobre nuestras conciencias, en los comienzos de una nueva era para nuestra nación» (1).

No duró, empero, mucho tiempo este cálculo optimista de los acontecimientos futuros.

La posición predominante de los Estados Unidos en el Pacífico y su inmenso poderío económico y financiero, convertían de hecho a esta potencia en nación tutelar de los destinos de China. La ayuda incesante, técnica,

monetaria y militar de Washington a Chunking, sin regatear medios ni sacrificios —recuérdese, entre otros, la construcción de la carretera de Birmania—, para defenderse de los japoneses, había de dar fundados motivos a los jefes chinos de que la colaboración estadounidense continuaría, incrementada si cabe, en los momentos en que se vislumbraban posibilidades inmensas en la regeneración y desarrollo del país. Sin embargo, las realidades hicieron bien pronto despertar a quienes se mecían en engañosos y fáciles ensueños.

Nuestros motivos han sido mal interpretados, nuestros deslices tergiversados»

Por un lado, se pudo comprobar bien pronto que Norteamérica no estaba dispuesta a continuar apoyando incondicionalmente al gobierno nacional chino; el nombramiento del general Marshall como representante personal del Presidente Truman, exteriorizó el interés positivo de Washington de cancelar la guerra civil china, mediante la realización de un acuerdo amistoso de los jefes gubernamentales con los comunistas. La declaración publicada a este respecto por el señor Truman, el 18 de diciembre de 1945, es altamente reveladora: «Citando mejoren las circunstancias en China —decía el señor Truman— estamos dispuestos a prestar ayuda para llevar a cabo proyectos sin relación con la guerra civil, que fomentarian la reconstrucción económica y la reforma de China y que, al hacerlo así, darian lugar a un restablecimiento general de las relaciones comerciales entre norteamericanos y chinos» (2).

Pero al mismo tiempo se pudo observar que los ejércitos comunistas, apoyados moral y materialmente por la U. R. S. S. y favorecidos sin duda por la actitud complaciente de los Estados Unidos, se lanzaban a una lucha abierta en varias provincias, aumentando con ello las enormes dificultades en que se debatía el país y haciendo renacer la intranquilidad y los temores de un nuevo y profundo caos. Además, la intervención descarada de los soviets en Manchuria, alentada por las concesiones inauditas de Roosevelt que hipotecaban, sin ninguna justificación, el futuro del país, cercenaron ostensiblemente las posibilidades de una inmediata labor constructiva. Recuérdese que en Yalta, Rusia obtuvo de Estados Unidos y Gran Bretaña las siguientes «compensaciones» como precio a su participación en la guerra contra el Japón: «administración conjunta de las dos redes ferroviarias de Manchuria, un puerto libre en Dairén y una base naval en Port Arthur» (3).

China se hallaba metida, por consiguiente, en un callejón de muy dificultosa y obscura salida.

«En China, durante estos últimos años —decía Chiang Kai Shek en diciembre de 1947—, hemos conocido el significado del dolor nacional bebiendo hasta las heces el cáliz de la amargura. Hemos sufrido inestimables pérdidas, debidas a la guerra y a la rebelión interna. Hemos sufrido falsedades y crueles calumnias en sus más negros

(1) Declaraciones al diario *Il Popolo*. Cit. por *El Siglo de las Misiones*, noviembre de 1945, pág. 430.

(2) James F. Byrnes, *Hablando con franqueza*, Libro III, cap. II.

(3) Obra cit.

aspectos; nuestros motivos han sido mal interpretados, nuestros deslices tergiversados, perdiendo toda sombra de veracidad. Nuestro gobierno y sus funcionarios han sido puestos en suplicio por la propaganda de aquellos elementos traidores que buscan la destrucción de la China libre.»

Y más adelante añadía: «Todos los cristianos, tanto en China como en el resto del mundo, están penosamente preocupados por la ola de desilusión y decaimiento que ha seguido a la guerra. Los brillantes sueños de un mundo mejor que sostenían a los hombres en la hora de la prueba, se han desvanecido. En todas partes los hombres se preguntan: ¿qué puede hacerse para que esa ansia universal de paz llegue a realizarse?» (4).

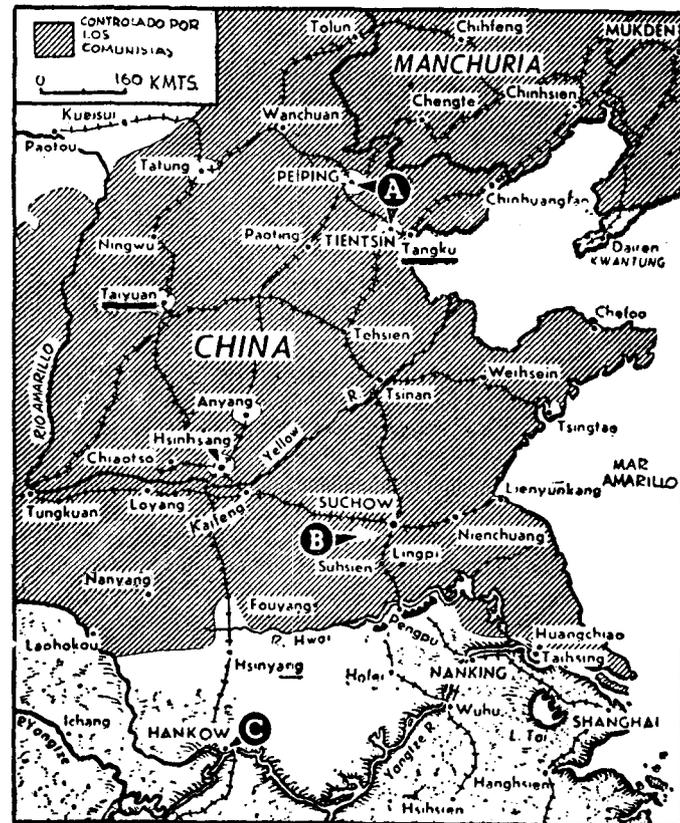
Las palabras del Jefe del Gobierno chino demostraban la inquietud de todo el pueblo ante el giro amenazador que iban adquiriendo los nuevos acontecimientos. Había terminado la guerra, pero la paz estaba todavía ausente. Nuevos conflictos, nuevas luchas, ensangrentaban el país y todo hacía temer las peores consecuencias para el porvenir de la nación.

«China se halla hoy más que nunca lejos de la paz»

Precisamente en aquella misma fecha en que Chiang Kai Shek hablaba a sus conciudadanos, el Santo Padre dirigía al mundo su Mensaje de Navidad. Sus primeras frases demostraban la angustia de su corazón de Padre ante el triste espectáculo que ofrecía la sociedad universal. «¿Quién hubiera sido capaz —preguntaba Pío XII— de presagiar a la Humanidad, cansada de guerra y famélica de paz, lo que hoy es una dura e innegable realidad, cuando el año pasado (1946), en esta misma ocasión, dirigíamos nuestro mensaje natalicio a todos los católicos y, al mismo tiempo, a todos los hombres sensatos y de buena voluntad?»

Y contemplando el cuadro que ofrecía el mundo entero en aquellos días, en que las campanas de Navidad sonaban alegres y festivas, no podía menos el Papa de expresar su amargura por el desarrollo de los acontecimientos: «Habiendo transcurrido otro año de la postguerra —afirmaba el Pontífice—, cargado de miserias y sufrimientos, de desilusiones y de privaciones, quien tenga ojos para ver y oídos para oír debe detenerse ante este hecho doloroso y humillante. Europa y el mundo, hasta la remota y martirizada China, se hallan hoy más que nunca lejos de la verdadera paz, de una completa y perfecta curación de sus males y de la instauración de un orden nuevo en la armonía, en el equilibrio y en la justicia» (5).

Quizás no exista una descripción más acabada del estado social, lleno de turbulencias y peligros, por el que atravesaba China a los dos años y medio de haberse ter-



Mapa del sector septentrional de China donde han tenido lugar las últimas y más importantes batallas entre los comunistas y las tropas de Chiang Kai Shek

minado la guerra. Ciertamente es que el Papa respondía ampliamente en su mensaje a la acongojante pregunta de Chiang Kai Shek: «¿qué puede hacerse para que esa ansia universal de paz llegue a realizarse?», pero los pueblos y las naciones no quisieron entender, no trataron de acudir a las fuentes vivas de la única paz posible, que señalaba la voz augusta del Vicario de Cristo.

Y el pueblo chino pudo sentir con amargura en su propio solar y en sus propias carnes que las inefables seguridades de los políticos norteamericanos se convertían, en realidad, según frase ya citada del señor Truman, en una simple promesa de posible «recuperación económica», siempre y cuando existiese un acuerdo total de los gubernamentales con las fuerzas comunistas.

Pero, ¿podía causar sorpresa la actitud de Norteamérica, ante los acontecimientos que se estaban desarrollando en el continente asiático?

¿Acaso no ha escrito Byrnes (6): «Tanto nuestra defensa y seguridad como la paz del mundo dependen de que en Asia logremos ponernos al lado del progreso?»

José-Oriol Cuffi Canadell

(4) Chiang Kai Shek. Discurso de Navidad al pueblo chino (1947).

(5) Pío XII. Mensaje de Navidad de 1947.

(6) James F. Byrnes. Obra cit.



Las fuentes del cristianismo ruso popular

(CONTINUACIÓN) *

Fuentes bibliográficas «cristianas»

Veamos ahora cuáles eran las fuentes de sabiduría que alimentaban a esos misioneros improvisados de la fe cristiana.

Habiendo traducido buen número de libros litúrgicos, los príncipes rusos pidieron que se les enviaran desde el Monte Athos, Bulgaria y Constantinopla, otras obras de temas más amplios, de carácter religioso y didáctico, tales como las de San Juas Damasceno, San Juan Crisóstomo, San Eufronio, etc. Con estas obras, desde tiempo, se habían compilado en Grecia numerosos «Almanaques», tales como el de la «Esmeralda», «Andriatis», la «Abeja» («Melissa»), «Margaret» y otros muchos.

En estos almanaques tenían cabida fragmentos de Platón, de Aristóteles, de Parmenides y otros antiguos filósofos griegos. Remedándoles algún tiempo después, el metropolitano Macario compuso los conocidos «Cheti-Minei», de contenido hagiográfico y divididos en capítulos correspondientes a todos los días del año.

Entre los libros que se recibieron de Grecia figuraban asimismo colecciones de autores anónimos bajo el nombre genérico de «Paleyas» (ἡ ἀπαλαία διαθήκη), presentadas como el primer ensayo de una historia del cristianismo. Luego vinieron las «Crónicas» de Juan Malala y de Gregorio Hamártola y la piéyade de los «cronógrafos»: «Stephanit», «Hiknilat» (versiones griegas del Kalila-Dimna persa y del

Bidpaya hindú) y algunas otras obras del mismo género.

Creo interesante mencionar estas producciones, porque fué por ellas y a través de las versiones dadas por los «ancianos», peregrinos y «hombres de Dios», como el pueblo ruso se instruyó en la religión de Cristo.

Estos fueron las verdaderas fuentes del cristianismo ruso, el mismo que sirvió después de fundamento a la fe popular y a la estructura religiosa íntima del pueblo ruso, la que aun conserva actualmente.

Estrellas movidas por ángeles

Téngase siempre en cuenta que en la época a que nos referimos, los horizontes de los rusos eran estrechísimos. Sólo tenían noción del mundo en que se movían, y lo que hubiera más allá se desvanecía en las sombras de lo desconocido.

Los antiguos eslavos no tenían religión pagana bien definida, ni «parnasos» correspondiente, y carecían incluso de esa concepción mitolegendaria del mundo que poseían otros pueblos sumiroacadianos originarios de la meseta iraníana, sus remotos antepasados, a quienes tuvieron tiempo de olvidar en el transcurso del periodo migratorio. Las tribus asiáticas con que estaban en contacto (hozaros, pecheniegos, kalmukos, buriatos, etc.) todas eran semibárbaras y, naturalmente, no les podían proporcionar aportación cultural alguna.

Por esto, el acercamiento a Bizancio, esa heredera de la antigua sabiduría helénica y centro del cristianismo oriental, fué para los rusos una revelación extraordinaria, por lo que sólo tuvieron ojos y oídos para lo que procedía de allí, aunque lo asimilasen a su manera. Ningún buen cristiano habría sospechado jamás en qué forma iban a interpretar el cristianismo los rusos.

En efecto, «los eslavos a que nos referimos aun no habían atravesado el periodo mitológico, es decir, el estado transitorio que media entre la percepción primitivista del mundo tangible y la conciencia de otro mundo más elevado, lo cual constituye la esencia misma del cristianismo» (7).

Era un salto demasiado grande para los rusos, sobre todo careciendo de directores religiosos competentes como los que poseía la Iglesia occidental.

Por esto, el pueblo ruso debía pasar necesariamente por la estadia mitológica; por esto, su atención no fué solicitada por la parte moral y transcendental de la nueva religión, sino por la parte meramente descriptiva y fantástica que les fué presentada en forma legendaria por los pintorescos peregrinos ya mentados.

El «cristianismo mitológico» se hallaba más al alcance de sus conciencias paganas que el verdadero, y llenaba además el hueco que aun existía en el proceso evolutivo.

Para el pueblo ruso, el cristianismo fué algo así como una prolongación, un complemento, del paganismo indeterminado y que no había tenido tiempo de desarrollarse para formar un sistema mitológico bien definido.

Por primera vez oyeron los rusos de unos hombres que habían hablado con Dios paseándose por un jardín... y que luego Dios habló con otros muchos e hizo cosas increíbles en un país llamado Judea, que este Dios fué muerto por los judíos y que su féretro se encuentra en Jerusalén.



Grabado del escrito «Elucidarius errorum ritus Ruthenici» sobre los rusos del Concilio de Florencia

(*) Vid. CRISTIANDAD, núm. 120, págs. 131-133.

(7) S. N. Trubczkóy: «Ensayos y apuntes».

Y también les dijeron que Dios resucitó y que ahora vivía en el Cielo, muy cerca del Monte Athos, sirviéndole la «Santísima Trinidad», llamada asimismo «Purísima Concepción» (8), así como los monjes griegos. Aquel Dios debía ser el único verdadero, puesto que había creado el mundo en seis días y sin ayuda de nadie. De lo que resultaba que los dioses paganos tales como Perún, no eran ya dioses, sino ídolos simplemente.

Pero esto era insuficiente y el pueblo quería saber más. Y acudieron en su ayuda peregrinos letrados, los «nachtetchiki», puesto que sabían «deletrear»...

Por la «Paleyá», relatada y comentada por esos maestros ambulantes, penetraron los rusos en los misterios de la Creación; supieron que el sol y las estrellas se movían, dirigidos por ángeles encargados de tal servicio; que hubo ángeles que no cumplieron bien con aquel cometido y en castigo fueron precipitados en el infierno, junto con el demonio principal, llamado Satanaél.

Así se formó una «angelología» y una «demonología» que habría dejado estupefacto a cualquier cristiano que no fuese ruso. Los ángeles y demonios se identificaron simplemente con los buenos y malos espíritus del mundo pagano anterior.

Apareció también una fauna fabulosa y fué artículo de fe la existencia de un pez monstruoso llamado «Ejidna», del «Kitovrás» (tratábase seguramente de los centauros griegos) que soportaba el mundo, del ave «alcornost», del «fénix» y de «gamayún», el «cuervo predicador y de mal augurio»...

Los funerales de Adán y Eva

En otro libro, muy extendido, titulado «Alejandria», la personalidad de Alejandro de Macedonia se confundía con la de Cristo: Cristo-Alejandro había fundado Jerusalén; luego se fué a las Indias donde adquirió gran sabiduría, mucho mayor que la de Fariseo, zar de Judas, quien, por envidia, ordenó crucificarle...

En otras obras del mismo origen se explicaban los llamados «episodios bíblicos», describiéndose los funerales de Adán y Eva, así como las divertidas e ingeniosas ocurrencias del diablo que se complacía burlándose de los santos.

Tampoco se debe silenciar aquí una especie de libelo titulado «Las andanzas de Nuestra Señora por los dolores», que estuvo en gran boga, trajo gran desconcierto a las mentes y turbó profundamente los espíritus con una descripción del infierno que nada tiene que envidiar a la del genial Dante (9).

Tampoco podía esclarecer a los rusos el «Lucidario», el libro que fué «consuetudinario» por excelencia, incluso en tiempos de Iván el Terrible. Nos referimos a una transcripción por cierto muy inexacta del «Elucidarium, sive dialogus de summa totius christianae theologiae» atribuido a Anselmo de Canterbury (siglo XII) y también a Honorio Augusto (10).

Renunciamos citar otras veinte o treinta obras asimismo muy extendidas y en las que el elemento bíblico aparecía fantásticamente entrelazado con temas evangélicos y adornos legendarios.

Debe advertirse que todos estos libros se traducían y copiaban en los monasterios y por lo tanto gozaban de indiscutible autoridad. Sólo mucho más tarde se prohibieron semejantes producciones, pero cuando ya habían cau-

sado un daño irreparable, entrando a formar parte de la fe popular (11).

Aparte de esos «tesoros de sabiduría religiosa y espiritual», apenas se separaron las Iglesias, se desencadenó una polémica furibunda contra los «latinos», es decir, contra la Iglesia Católica.

Los primeros escritos de este género fueron las «Epístolas» de los metropolitanos Leoncio, Jorge y Ioan II, inspiradas en originales bizantinos del mismo carácter: las «Encíclicas» de Fotio, de Cerulario, de Pedro y de Dimítrio de Veneto.

En estas epístolas no solamente se condenaba la religión católica, sino cuanto procedía de Occidente: los usos y las costumbres, la ciencia y las artes (12).

Con esta literatura religiosa —la única que existía entonces en Rusia—, el pueblo se instruía en el cristianismo, desde que se convirtieran los primeros rusos en Kiev, hasta el siglo XVII.

«El daño que causó esta literatura fué enorme: dió al pueblo una versión completamente falsa de la doctrina cristiana, y no solamente le mantuvo largo tiempo en el más profundo obscurantismo, sino que le movió contra las verdaderas luces que sólo podían llegar desde Occidente» (13).

Los jesuitas

En tanto, se acentuaba la influencia occidental en las provincias meridionales y occidentales, debido a los acontecimientos políticos en la frontera de Ucrania (Ukrania).

Esta influencia de carácter marcadamente religioso se dejó sentir naturalmente en la conciencia religiosa de los rusos de aquellas comarcas.

Dos «Uniones» eclesiásticas —la de Liublin de 1569 y la de Brest en 1596— fueron el punto de partida de esta transformación intelectual y social en el sudoeste de Rusia.

Bajo los auspicios de Esteban Batori, los padres jesuitas fundaron una Academia eclesiástica en Vilna y un Colegio en Polozk. A fines del mismo siglo otros colegios religiosos católicos aparecieron en Yaroslavl Galizky y en

(11) Porfirier: «Historia del índice de las producciones apócrifas».
(12) Ana'es de la Academia Eclesiástica de Kiev. 1867.
(13) Sujómlinov: «Monumentos de la antigua cultura rusa», pág. 31.



El gran duque Wassili IV Ivanowitz

(8) Confusión de origen seguramente fonético «Troiza» y «Bogorótiza», para «Trinidad» y «Concepción» respectivamente.

(9) El título completo de esta obra es: Αποκαλυψις της υπεραγίου θεοτόκου περι των Κολασεων και πως και οποι κολαζονται και περι μετανοιας (Original griego en la Biblioteca de Viena.)

(10) Honorii Augusti dunensis, Curs. Patrol. Migne. Tomo CLXXII, págs. 1109-1176.

PLURA UT UNUM

Lvov; en el siglo siguiente se fundaron otros en Luzk, en Bari y en Peremisl, como en otras muchas localidades de la Rusia Blanca. En 1620 se inauguró uno en Kiev y en Ostrog otro en 1624, multiplicándose progresivamente estas instituciones siguiendo la orilla izquierda del Dnieper.

El nivel moral e intelectual de los jesuitas era muy superior al del clero ruso; además, sus grandes dotes pedagógicas y la interpretación correcta de la doctrina cristiana no dejaron de llamar poderosamente la atención de las clases elevadas, que prefirieron, naturalmente, que sus hijos fueran educados por gente competente y no en los colegios ortodoxos, muy deficientes.

Los pudientes contribuían con tierras y dinero (funduchas) al desarrollo de las instituciones católicas donde la enseñanza de los humildes era gratuita.

Reacción del clero ruso

Por este motivo, hasta mediados del siglo xvii el catolicismo y el unionismo se desarrollaron en Rusia muy satisfactoriamente, independientemente de la protección del rey Segismundo III de Polonia y más tarde de otros monarcas polacos y de las autoridades locales rusas.

Esto, necesariamente, debía alarmar al clero ruso, que se apresuró a la reacción contra la «fe latina» mediante la propaganda política y literaria al mismo tiempo.

Fué realmente curioso el pretexto que encontraron para las represalias directas, es decir, de carácter político.

Dábase el caso que ya entonces en las provincias meridionales de Rusia era muy numeroso el elemento hebreo, que aborrecía por igual a católicos y ortodoxos. Aprovechándose de los tiempos políticamente turbios y de la incipiente rivalidad entre las dos Iglesias, algunos hebreos se hicieron unionistas y comenzaron a lucrarse cobrando las indulgencias en menudas monedas de plata llamadas «duttchen», de origen alemán, pero que en ruso sonaba algo así como «flautas» (dudki), expresión equivalente, en lenguaje familiar, a «engaño».

Todo ello coincidió con el paso por Kiev en dirección a Moscú del patriarca hierosolimitano Theothano, quien promovió al rango de mitropolitano a un tal Job Barsukov, quien con la complicidad del hetman Konachevich-Sagaidachni levantó a sus cosacos.

Empezaron los disturbios en 1622, siendo la primera víctima el obispo unionista Josafat Kunzevich, quien fué descuartizado por la muchedumbre en la ciudad de Vilna. La revuelta se extendió rápidamente por Ukraina y Polonia, asesinándose indiferentemente a unionistas, católicos y judíos.

Por lo que se refiere a la reacción literaria, ésta se expresó como sigue:

Fueron publicados y profusamente distribuidos unos libros al estilo del «Espejo Religioso» de Cirilo Tranquilino-Stavrovezky, cuyo principal argumento contra el Pontificado consistía en que Jesucristo había dicho: «Eres Pedro y sobre esta piedra erigiré mi Iglesia...», es decir, que la Iglesia había de erigirse sobre la piedra, mas no apoyándose en San Pedro, cuyo nombre debió dar origen a la equivocada interpretación de las palabras del Maestro. La «piedra» evangélica debía ser la sólida fe, la convicción con que San Pedro dijera: «Eres Cristo, Hijo de Dios.»

El libro constaba de tres partes. En la primera se explicaba el concepto de Dios, pero en forma tan oscura e indeterminada que no había modo de entenderlo en ruso y aun menos traducirlo.

La segunda parte estaba dedicada al mundo invisible y a los ángeles, encargados de regir en el mundo visible, afirmando que el agua, el fuego, el viento, el frío, el calor y demás manifestaciones y elementos de nuestro mundo

tenían todos a su ángel correspondiente. Estos ángeles asimismo podían aparecer entre los hombres, adquiriendo en tal caso un «cuerpo de ensueño», es decir, ilusorio. Así es como algunos ángeles se presentan armados de espada, lo cual, «naturalmente», debía ser sólo una apariencia, puesto que sabido es que en el Cielo no hay forjas ni maestros armeros. A continuación seguía una lista detallada de animales cuyo aspecto podían asumir los ángeles.

En la tercera y última parte se hablaba del mal y de los animales en que podían encarnarse los demonios.

Claro está que desde el punto de vista de tales autores los colegios católicos, donde la enseñanza estaba más en armonía con la cultura occidental de aquel tiempo, eran focos de tremendas herejías.

¿Por qué Jesucristo nació en diciembre?

Así resultó que las grandes Verdades Evangélicas y cristianas en general no se ajustaban a los más descabellados prejuicios y supersticiones que tenían libre curso tanto en el pueblo como entre los boyardos, eran contrarios a la esencia misma de la «fe ortodoxa» y al espíritu que animaba a la Iglesia rusa.

Otra obra que pretendía explicar la doctrina cristiana era «la Corona de la fe» de Simeón Pólozky (14), escrita en forma de cuestionario. Entre las muchas preguntas de que constaba, las había tan peregrinas como: «¿Por qué Jesucristo nació en diciembre? ¿Tenía el don de la palabra desde el instante en que nació? ¿Por qué fué clavado con cuatro clavos? ¿Cuánto tiempo estuvieron los primeros hombres en el Paraíso?»

A esta última pregunta, por ejemplo, se respondía que tres horas —desde las tres hasta las seis de la tarde—, hora en que pecaron. Por esto Jesucristo fué crucificado a las seis en punto...

Asimismo se afirmaba que los muertos resucitarían en el mes de abril y por Pascua, al filo de medianoche, es decir, a la hora en que resucitó Jesucristo. El Juicio Final tendría lugar en el valle de Josafat, cerca de Jerusalén, y para que todos cupiesen unos estarían en tierra y otros en el aire...

«Los que lo nieguen son católicos y por tanto han de ser maldecidos», terminaba el autor «ortodoxo» de aquella obra.

Como se ve, en estas producciones no había ni la mínima sombra de doctrina evangélica verdadera.

Y que no crea el lector que hemos escogido los pasajes más notables, es decir, peores, de los veinte o treinta libros que eran los que entonces se conocían. Muy al contrario, hemos aducido los desatinos menores y a quien quiera convencerse de ello le invitamos a consultar a Venguerov, Bulgakov, Polevoy, Porfiriev, que son los más deslucados filólogos rusos, o bien a Soloviev y a Kostomarov, los dos mejores historiadores que también han tratado a fondo este tema.

Como única excepción podríamos citar la «Escalera espiritual» de Juan Liestvichnik, donde se reconoce que la cultura de los católicos conduce a la interpretación exacta de Dios y del Mundo. («Estudiando la Creación se aprende a conocer al Creador».)

«Fué el único monje ruso de su tiempo quien se atrevió a expresarse respetuosamente a favor de la ciencia» —comenta Kostomarov al citarlo como nosotros.

Las autoridades eclesiásticas moscovitas se apresuraron a retirar de la circulación este libro que juzgaron contrario al espíritu ortodoxo.

Alexis Marcoff

(Continuará)

(14) Ediciones del Santo Sinodo.—Sección II. 1865.

DE ACTUALIDAD

El Papa señala algunos frutos específicos de la asistencia a la Santa Misa. — La Iglesia tiene el derecho a señalar una línea de conducta en las incidencias concretas de la acción política. — «Salute, Satana»

El Papa señala algunos frutos específicos de la asistencia a la Santa Misa

Su Santidad el Romano Pontífice recibió el día 23 de marzo, en la Sala del Consistorio, a los párrocos, coadjutores y predicadores de Cuaresma de Roma, ante los cuales pronunció una alocución, en la que el Santo Padre insistió especialmente en recordar que la cura ordinaria de las almas, «es siempre el elemento principal y fundamental del apostolado»; y aunque las obras de apostolado extraordinarias en sus múltiples formas «son útiles y más bien indispensables», no raramente se tiene la impresión de que su estima «puede ir demasiado lejos, no sin algún daño de la cura ordinaria de las almas».

Se refirió después el Papa a la iniciativa de algunos párrocos que han colocado como centro de preparación para el Año Santo la misa para los hombres, en la cual «encuentran ellos la sustancia y el sentido de la sagrada lectura», haciéndoles tomar parte de una manera consciente y personal en el divino sacrificio del altar. «Pero esta participación debe tener un eco, una resonancia en la vida cotidiana; por eso estos celosos pastores les enseñan a unir al sacrificio de Cristo los propios sacrificios, para los cuales ofrecen durante la semana ocasiones abundantes la profesión de la fe y la práctica de la vida cristiana».

«Alabamos —siguió diciendo el Papa— este uso en su espíritu y en su método. El coloca al sacrificio de la misa en su verdadero lugar, en el corazón de la vida y de toda la actividad de vuestros hombres.»

Consideró después el Papa «los efectos que se irradian de la misa para todos los hombres, aun en el campo eclesiástico y civil»:

Espíritu de oración

«1) Instruidos y habituados en la veneración y amor del santo sacrificio de la misa, vuestros hombres llegarán a ser fácilmente hombres de oración y harán de su familia como un santuario de plegarias. Y esto es estrictamente necesario. ¿Quién podría negar que el espíritu de oración va disminuyendo, mientras el espíritu del mundo gana terreno hasta en el seno de familias que pretenden permanecer católicas y fieles a Cristo? Si la cruzada por la oración en familia es acogida con fervor en otros países; si hasta conocidos actores del mayor centro cinematográfico del mundo se han puesto al servicio de una causa tan santa, ¿cómo podrían los católicos de la Ciudad Eterna quedar en un nivel inferior?»

Espíritu de obediencia y de mortificación

«2) Los hombres que se aplican seriamente a penetrar el sentido y la importancia del sacrificio de la misa no pueden dejar de avivar en sí mismos el espíritu de dominio de sí, de mortificación, de subordinación de las cosas terrenas a las celestiales, de absoluta obediencia a la voluntad y a las leyes de Dios, especialmente si vosotros tenéis cuidado de inculcarles tales sentimientos. Es ésta una necesidad de la hora presente, porque muchos, en el día de hoy —entre los cuales es doloroso ver también a no pocos católicos—, viven como si su único fin fuese formarse un paraíso en la tierra, sin pensar jamás en los novísimos, en el más allá, en la eternidad.

»La tendencia natural del hombre caído hacia las cosas terrenas, su incapacidad de comprender las cosas del espíritu de Dios (cfr. I Cor. 2, 14) se encuentra favorecida en nuestros días por la complicidad de todo cuanto le circunda. CON FRECUENCIA, A DIOS NO SE LE NIEGA, NI SE LE INJURIA, NI SE LE BLASFEMA; SÓLO QUE ÉL ESTÁ COMO AUSENTE. La propaganda de una vida terrestre sin Dios es abierta, seductora, continua. Con razón se ha observado que generalmente, aun en los films indicados como moralmente irreprochables, los hombres viven y mueren como si no existiera ni Dios, ni la redención, ni la Iglesia. No queremos ponernos a discutir aquí las intenciones; pero no es menos verdadero que las consecuencias de estas representaciones cinematográficas neutras son ya extensas y profundas. Añádase después la nefasta propaganda deliberadamente querida para la formación de la familia, de la sociedad, del estado sin Dios. Es un torrente cuyas aguas fangosas intentan penetrar hasta en el campo católico. ¡Cuántos no han sido ya contaminados por ellas! Con la boca esos tales se profesan todavía católicos, pero no se acuerdan de que su conducta desmiente con los hechos aquella profesión.

»No hay, pues, tiempo que perder para detener con todas las fuerzas este desmoronarse de nuestras propias filas en la irreligiosidad y para hacer renacer el espíritu de la oración y de la penitencia. La predicación de las verdades primeras de la fe y de los fines últimos no sólo no ha perdido nada de su oportunidad en nuestros tiempos, sino que ha venido a ser más necesaria y urgente que nunca. Lo mismo se diga de la predicación sobre el infierno. Sin duda, se debe tratar semejante tema con dignidad y con prudencia. Pero en cuanto a la sustancia misma de esta verdad, la Iglesia tiene ante Dios y ante los hombres el sagrado deber de anunciarla, de enseñarla sin atenuación alguna, como Cristo la ha revelado, y no hay ninguna coyuntura de los tiempos que pueda debilitar el rigor de esta obligación. Esto obliga en conciencia a todo sacerdote, a quien en el ministerio ordinario o extraordinario está confiado el cuidado de amaestrar, advertir y guiar a los fieles. Es verdad que el deseo del cielo es un motivo en sí mismo más perfecto que el temor de las penas eternas; pero de aquí no se sigue que éste no sea para todos los hombres también el motivo más eficaz que les aleje del pecado y les convierta a Dios.

»Meditad, amados hijos, las palabras que el Señor dirigió en la víspera de su Pasión al apóstol Pedro: «He aquí que Satanás va en busca de vosotros para cribaros como el trigo» (Luc. 22, 31); palabras de una impresionante significación en el momento en que vivimos. Estas valen no sólo para los pastores, sino para toda la grey. En las formidables controversias religiosas de las que somos testigos, no se puede confiar sino sobre los fieles que oran y se esfuerzan, aun a precio de grandes renunciaciones, por conformar su vida a la ley de Dios. Todos los demás, en el orden espiritual —y de éste se trata— se ofrecen al descubierto a los golpes del enemigo.

Espíritu de penitencia y de abnegación

»3) Otro efecto de la misa para los hombres, no sólo saludable para ellos personalmente, sino para las familias, será que éstos cierren los ojos y el corazón a todo lo que en la prensa, en el film, en los espectáculos ofende el pudor y viola la ley moral. ¿Dónde, en efecto, sino aquí

ACTUALIDAD

tendrá que practicarse verdaderamente el espíritu de penitencia y de abnegación en unión con Cristo?

»Cuando se piensa, por una parte, en las nauseabundas crudezas y desvergüenzas que se muestran en los periódicos, en las revistas, en la pantalla, en los escenarios y, por otra parte, en la inconcebible aberración de los padres que van con los hijos a deleitarse en semejantes horrores, el rubor sale a las mejillas llenas de vergüenza y de desdén. La lucha contra esa peste, especialmente señalando sus manifestaciones a las autoridades públicas, ha conseguido ya confortantes resultados, y Nos abrigamos la esperanza de que sea cada vez más eficaz y benéfica.

»Gracias al Cielo, en algunas naciones, particularmente en las de mayor producción cinematográfica, los católicos trabajan metódicamente y con éxito feliz por la moralidad y la dignidad de las películas. Quiera Dios que los fieles que afluyan a Roma durante el Año Santo puedan llevar a sus patrias la impresión de que también los católicos de Roma saben ser en este campo vigilantes y activos.

Espíritu de docilidad y plena adhesión al Romano Pontífice

»4) Esperamos de la asistencia de los hombres a la santa misa todavía otro fruto de capital importancia: nos referimos al espíritu de filial docilidad y de plena adhesión al Romano Pontífice y de fraterna y estrecha unión entre ellos, siempre que se trate de defender la causa de la Iglesia.

»¡La causa de la Iglesia! Sus enemigos han desencadenado contra ella una violenta campaña de palabras y de escritos. Para ellos todos los argumentos, aun los más absurdos, son buenos si sirven al fin que tienden, y este fin es disgregar la unidad y la cooperación de los católicos, destruir su confianza en el Vicario de Cristo, los Obispos, el clero. Su arma preferida es la calumnia, porque saben bien que ésta no es nunca del todo inofensiva, sino que inculca en los espíritus la duda, la sospecha, la crítica, y en los corazones un desafecto que a veces llega hasta el odio. Así la obediencia y la concordia están expuestas al peligro de ser poco a poco corroidas y destruidas. Releed las palabras de Cristo sobre el «padre de la mentira» (Jo. 8, 44). Lo mismo vale para esta campaña de calumnias.

»Decid a vuestros feligreses que no se dejen seducir ni desviar; que no presten crédito a las falsas acusaciones del enemigo; que no lean sus publicaciones sin grave causa y sin la necesaria licencia, y en todo caso sin estar bastante preparados para saber cómo se responde a aquellos ataques. Así resultarán vanos los esfuerzos dirigidos por el adversario a debilitar y, si pudiese, a dividir la unidad y la cohesión de los católicos, unidad cuya base visible es la roca de Pedro, y cuya invisible fuente de fuerza son el sacrificio divino y la sagrada mesa eucarística.

»Otros muchos frutos pueden recogerse todavía de la misa por los hombres. No hemos mencionado sino algunos de los que parecen corresponder más a las necesidades de la hora y servir mejor a la preparación interna de los fieles romanos para el Año Santo.»

El Papa terminó su alocución invocando sobre los presentes la gracia del Espíritu Santo y la protección de la Virgen Santísima, impartiendo finalmente su bendición apostólica.

La Iglesia tiene el derecho a señalar una línea de conducta en las incidencias concretas de la acción política

El Cardenal Suhard, Arzobispo de París, publicó con fecha 31 del pasado mes de enero un comunicado oficial en el que señalaba los peligros de ciertas tendencias, como las encarnadas en los llamados «cristianos progresistas», de colaboración con el partido comunista. Creemos inte-

resante reproducir el segundo punto de dicho comunicado que se refiere al derecho de la Iglesia a fijar una línea de conducta en las incidencias concretas de la acción política:

«Ciertos católicos preocupados por hacer frente con eficacia a sus responsabilidades temporales en el plano de la acción política —dice el Cardenal Suhard— sostienen que su conciencia basta por sí sola para hacerles conocer las exigencias de la moral cristiana en este terreno. Sin rechazar la enseñanza común de la Iglesia sobre la subordinación de la política a la moral, y aun sin negar a la Iglesia el poder de determinar los principios generales en que ellos deben inspirarse en su acción política, pretenden que en las incidencias concretas de esta acción la Iglesia no podrá en ningún caso traerles luz y fijarles una línea de conducta.

»No es la primera vez que tales opiniones se extienden entre los católicos franceses. Desarrollándose en círculos de tendencias diametralmente opuestas, ellas se inspiran en el mismo error fundamental.

Es muy cierto que el cristiano goza en el dominio político de una amplísima iniciativa bajo su propia responsabilidad. En la mayor parte de los casos, la Iglesia le permite fijar por sí mismo su actitud a la luz de las exigencias de justicia y de amor, de las que él no puede jamás hacer abstracción. La Iglesia se contenta entonces con aclarar su caso de conciencia sin obstaculizarle, recordándole los principios generales, de los que el cristiano debe hacer por sí mismo la aplicación.

»Cuando, no obstante, la Iglesia estima que estos principios imponen, ante las circunstancias de hecho, una actitud determinada, tiene el derecho y aun el deber de dictar el partido que ha de tomarse. No lo hace sino raramente y cuando hay intereses espirituales directa y gravemente comprometidos; pero entonces lo hace con plena conciencia de cumplir su misión y se estima a sí propia juez supremo de la oportunidad de su intervención.

»La opinión opuesta, si fuere admitida, establecería a la conciencia del cristiano en una autonomía tal con respecto a la Iglesia, que desconocería el papel mediador de esta última en el orden de los actos humanos y que negaría prácticamente el supremo dominio de Dios sobre la totalidad de la vida social. Eso tendría los efectos más nefastos sobre la vida de las almas y sobre la vida de las sociedades. Es decir, que ningún católico puede profesarla sin peligrar gravemente.»

«Salute, Satana»

Un poeta húngaro llamado Árpád Toth ha compuesto un poema sacrilego dedicado al «dios nuevo». He ahí lo que dice en algunas de sus estrofas:

«Un dios nuevo os ha llegado, oh, pueblo. Sus fieros ojos no brillan a través de nubes de incienso ni candelas de altar, como tampoco relampaguean desde las oscuras imágenes de los santos encerradas en un marco de oro. Este dios nuevo no es una estatua de piedra pulida con los besos de los fieles... No nació en los cielos, ni está lejos y oculto de nosotros...»

»El dios nuevo nació de la tierra y de la sangre... Avanza, y bajo el estrépito de sus pasos el universo tiembla de Este a Oeste... Es el dios rojo. El Sena se convulsiona ante su golpe, y trata de rebasar sus riberas. Westminster se estremece ante él como tembló Jericó, y a través del verde océano su sombra rojiza se proyecta sobre las paredes de la Casa Blanca. ¡Hosanna, oh, dios nuevo!»

Ciertamente, el poema de Árpád Toth recuerda los versos del poeta de la masonería José Carducci que en su «Himno a Satán» traza el semblante del caudillo de quienes, con soberano orgullo y desenfrenada soberbia, «acometen empresas contra Dios o prescindiendo de Dios mismo» (Enc. *Humanum genus*).

J. O. C.

Fábrica de lejías líquidas

DE

Esteban Pons Jorba

FÁBRICA Y DESPACHO:

Regente Mendieta, 15 y 17

(entre calles 4 y Conde Güell)

Teléfono 30780

BARCELONA

GRAN DEPÓSITO DE SILLAS

de madera plegables. Mesas de mármol, de hierro y
madera. Sillas de anea, de viena y de
hierro. Entarimados, Tribunas y Palcos.

ALQUILER Y VENTA

Viuda de J. GAY VILA

ALQUILER DE SERVICIO DE MESA

para Banquetes, Lunchs, Fiestas mayores, etc.

Paseo del Emperador Carlos I, 120-122

(antes Marina)

Junto Viaducto Estación Norte y
Estación Marina Metro Transversal

Teléfono 54702

BARCELONA

T.S.A.

Tarrasa

RESERVADO

A. S. A. BARCELONA

AYUDAD A LA

Prensa Católica

S. A. P.

SABADELL

JUAN D. CASANOVAS

Fábrica de tejidos de estambre

Las Planas, 18 - Teléf. 1212
SABADELL

M. y Cía.

SABADELL

Ayudad

a la Prensa Católica

A. J.

TARRASA

FÁBRICA DE TEJIDOS DE
RAYÓN Y SUS MEZCLAS

J. Morera Costa

DESPACHO: Travesera, 96
BARCELONA

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.

Semestral . 50'00 "

Trimestral . 25'00 "

Número ordinario . . . 5²⁵ pts.

Encuadernar 25 >

Tomo encuadernado . 125 >



JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL



LA CUESTION

DE

PALESTINA

PIDA HOY MISMO EJEMPLARES DE LA OBRA
A LA ADMINISTRACION DE «CRISTIANDAD»

Precio del ejemplar: 5 ptas.



Auto Crema Sintética
(auto-cream-creación americana)

Sin esfuerzo alguno y en pocos minutos
TIPTOP LIMPIA, PULE Y CRISTALIZA
la carrocería de su coche dejándola con un
BRILLO CRISTAL MARAVILLOSO

CONCESIONARIO PARA ESPAÑA: **MONT**
Avda. Generalísimo, 463 - Tel. 77180
B A R C E L O N A



*Visite las Cuevas
de Artá*

COMPRAMOS

a 5'50 ptas. los siguientes ejemplares:

Año 1945

N.º 19, 20, 21, 26, 28, 39

Año 1946

N.º 43, 48, 58 - 59, 63

Año 1947

N.º 67, 78

Indices de los años 1944 y 1945
a 2' - ptas.

Llame al teléfono **22446**

La Administración

LECTOR:

Varios padres misioneros
españoles, que en lejanas
tierras de la India han
conocido nuestra Revista,
son grandes entusiastas
de **CRISTIANDAD**

¿Quieres costear su suscripción?
Telefonea al n.º 22446 y se te
dará el nombre de tu favorecido